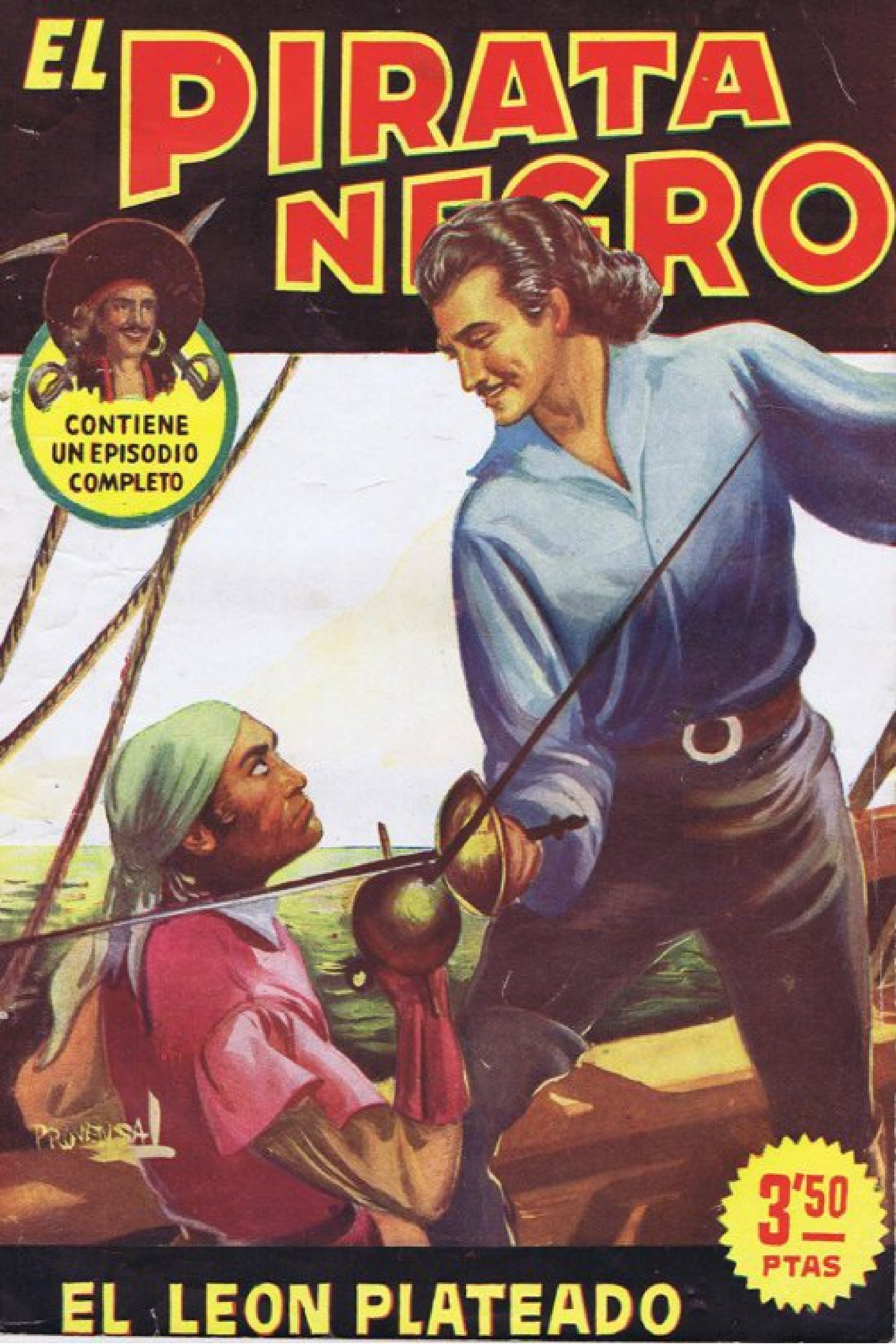
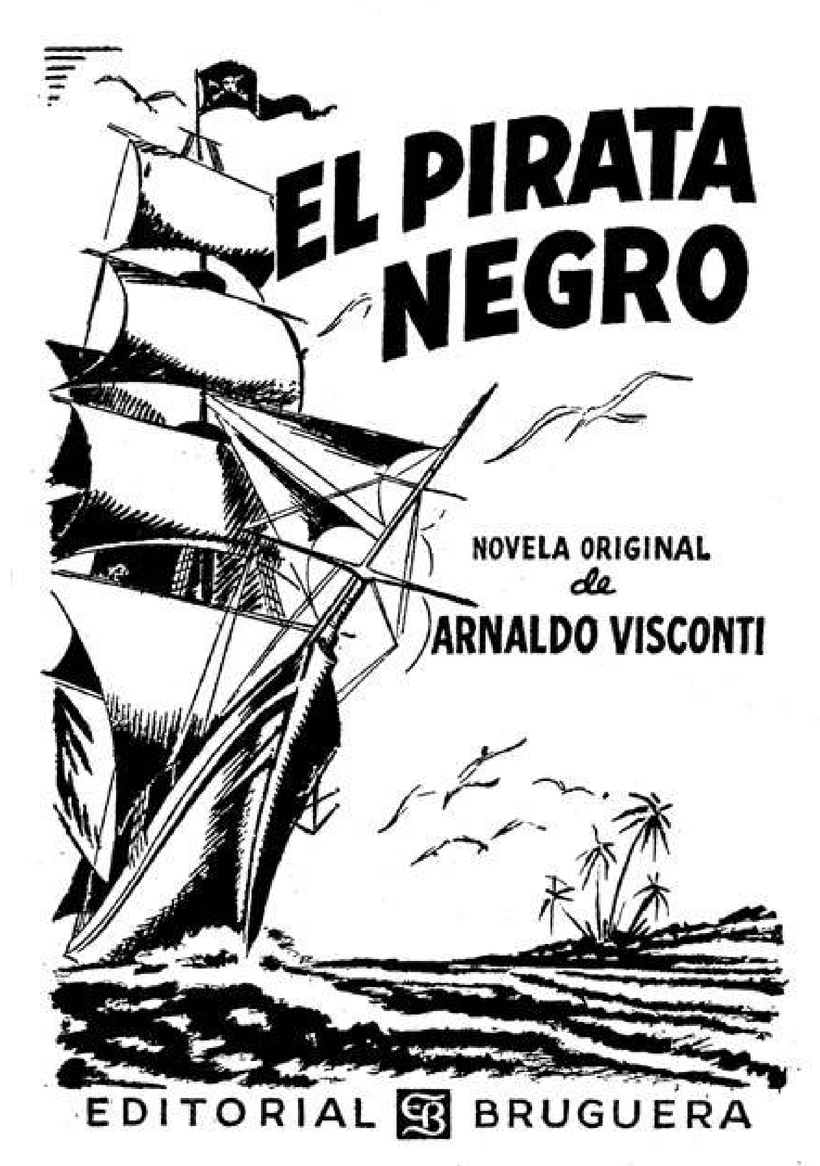

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3'50 PTAS
EL LEON PLATEADO

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ARNALDO VISCONTI

El león plateado

Colección El Pirata Negro n.° 58

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA

1948

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



CAPÍTULO I

El cascarrabias

Juan Diéguez Rodríguez, Almirante en Jefe de las Escuadras de las Antillas, sólo había tenido en su vida dos acendrados amores: el mar y su hija.

Muerta ésta a manos de piratas del Caribe, cuando se dirigía a reunirse con su padre, a Juan Diéguez habíasele exacerbado su enamoramiento del mar, pero con una obsesión: lograr exterminar la hez de maleantes que pululaban por el espacio líquido engarzado entre el collar norteño de islas y el semiarco de las costas central y sudamericana.

Y en el Caribe iba progresando la labor de limpieza, gracias a la denodada combatividad de la Legión del Mar, creación del burgalés almirante, para cuyo logro había sido preciso que a su frente tomase la dirección de las operaciones de castigo, el que antaño disfrutó de universal renombre como Pirata Negro.

Y con el tiempo, un hondo afecto fue forjándose entre los dos hombres, cuyos diálogos si bien no desprovistos de aspereza las más de las veces, no llegaban a crear enemistad, porque a los dos les unía la mística obsesión de sanear el mar de las Antillas.

Pero desde hacía unas semanas, las noticias que el Almirante Diéguez recibía de los distintos destacamentos de la Legión del Mar, diseminados por las islas antillanas, le preocupaban.

Y también le proporcionaba desasosiego la conversación que sostuvo con Mireya de Ferjus, a raíz de la brusca partida del conde Forblanc mar a dentro con el “Aquilón”.

Por eso, cuando por una mañana de fines de febrero de 1722, divisó el Almirante desde la azotea del palacio residencial de Puerto Colombia, la gallarda e inconfundible silueta del “Aquilón”,

enfilando proa hacia la bahía de Puerto Colombia, preparóse a sostener el más difícil de los combates.

Un combate verbal en pugna con la quisquillosa susceptibilidad del ex pirata, al cual dos reproches debía hacer, uno atañendo a su vida privada, y el otro, a su cambio de carácter.

Juan Diéguez, era un domador inteligente, pero se le antojaba que esta vez, iba a ser peligrosa su obligada intromisión.

Conocedor ya del temperamento del Pirata Negro, estuvo durante una hora, preparando preguntas y respuestas, desechándolas tan pronto las formulaba mentalmente, y por fin, decidió que sobre el terreno improvisaría.

Y "sobre el terreno" era el momento cuyo inicio marcó un ujier al abrir de par en par las puertas del despacho, anunciando:

—¡El señor conde Ferblanc!

Carlos Lezama, vestido enteramente de negro, algo demacrado el rostro "y brillantes los negros ojos, presentaba un aspecto inquietante.

Había cierta fijeza amenazadora en sus negras pupilas, al saludar ampliamente al Almirante Diéguez:

—Sin novedades dignas de mención, excelencia. Los destacamentos de Maifrén y Tierrahosca cumplen sus cometidos señalados. He regresado por haber recibido una orden de emisario, en la cual vos, me intimábais a presentarme en Puerto Colombia.

El Almirante Diéguez sonreía raramente, y su semblante era de un severo ascetismo inmutable.

—Tomad asiento, conde.

—Con vuestra venia, excelencia —dijo secamente Lezama, sentándose al otro lado de la amplia mesa.

—Al especificar las bases de la Legión del Mar, puse bien en claro, que dada la magnitud de nuestro proyecto, y conocedor de vuestro difícil y caprichoso genio, si bien os consideraba el único capaz de mandar en las huestes mixtas que componen las fuerzas navales bajo vuestro directo mando, me reservaba el derecho de fiscalizar cuanto vos hicierais. ¿Lo recordáis?

—Recuerdo.

—Con la llaneza que nos identifica, os advierto pues que os puse espías inteligentes.

—De tal amo, tal siervo.

—Y ellos me han informado de vuestro último periplo por los dos destacamentos de Maifrén y Tierrahosca. ¿Tienen nuestros soldados la culpa de vuestra íntima desazón?

Brillaron aún con más intensidad los ojos del Pirata Negro al inquirir:

¿Me hacéis la merced de poner más en claro vuestra última frase interrogante para saber cómo debo responderla?

—Puesto en claro: habéis sido excesivamente duro con los señores capitanes Andrés Silvestre y Ramiro, Díaz, jefes respectivamente de los destacamentos de Maifrén y Tierrahosca.

—Permitid que me haga eco de unas frases que antes vos emitisteis: al especificar las bases de la Legión del Mar, puse bien en claro, que duda la magnitud de nuestro proyecto y conocedor de vuestro talentoso y diplomático genio, si, bien os consideraba el único capaz de mandar en mí, me reservaba el derecho de hablar con Juan Diéguez a secas cuando el Almirante me importunase.

—¿Os importuna ahora?

—Sí.

—¿Por qué?

—Presumo que vais a meteros en mi vida privada, y en ella hasta hoy, sólo mandé yo, porque cada uno es artífice de su propia vida, y los ajenos, consejos huelgan.

—Estáis hablando con Juan Diéguez a secas, y éste os responde que estáis obrando en forma impropia de quien como vos sabe abordar de frente todas las situaciones: no sólo os habéis convertido en un cascarrabias, sino que soslayáis las verdades.

Pasóse Lezama la engarriada diestra por sus largos cabellos negros que hacían aún más ostensibles, destacándolas, las estrías, canosas que moteaban de blanco su abundante melena.

Fue un gesto maquinal en que peinándose con los dedos, mostraba perplejidad.

Una sonrisa sin alegría distendió los labios del Pirata Negro.

—Soslayar las verdades nunca ha sido mi estilo Juan Diéguez,

—Lo estáis ahora practicando. Os escudáis fácilmente tras la impertinencia de que vuestra vida privada os pertenece. Oídme, señor: vuestra vida privada me importa un pitoche, pero os olvidáis o fingís olvidar que como jefe de la Legión del Mar están íntimamente relacionados los dos aspectos de vuestra personalidad:

el humano y particular, y el ostensible y oficial.
—Podemos muy fácilmente separar ambos aspectos. Hartura tengo ya de ser conde Ferblanc... para lo que me ha servido. Excusad, Juan Diéguez, pero ahora estoy hablando yo. Aquí no hay almirante ni pirata redimido, sino dos hombres frente a frente. Por lo que sea, vos habéis tenido conmigo la inteligente actitud de un domador condescendiente. Vos, bravo y autoritario, me habéis consentido y tolerado muchas libertades, las mismas que yo os he tolerado, que a rasero de seres humanos a nadie concedo superioridad, porque todos somos unos e iguales.
—¿Sí?
Puso tanta sorna en la breve pregunta el almirante, que Carlos Lezama frunció las cejas, colérico.
—¿Dije alguna mentecatez?
—De grueso calibre, pirata. ¿De cuándo acá todos somos iguales? ¿Eres tú igual al vil asesino que asola hogares pacíficos y rapta seres inocentes? ¿Soy yo, igual a un almirante que conozco que hasta para comer pescado en su casa y a solas, se viste las grandes galas? Todos somos distintos, y el mérito personal estriba en la diferenciación.
—Opino que hemos torcido el rumbo, y esto degenera en navegar a tontas y a locas. No creo que me ordenasteis regresar, para exponerme lugares comunes de vulgar filosofía.
Juan Diéguez hizo un evidente esfuerzo para seguir conservando el dominio de sí mismo.
—¡Al asunto, pues! No he de consentir que porque necesitéis morder y porque estéis como el león inquieto deseando dar zarpazos, castiguéis con exceso leves faltas que en otra a circunstancias no habríais ni siquiera echado en cuenta. Ni tolero que enviéis a muertes ciertas a los hombres de la Legión del Mar. Os elegí porque si bien caprichosamente y contra leyes escritas, sabíais aplicar geniales sentencias. Os elegí porque teníais la sabia sensatez de no inculpar a los demás de vuestros propios errores.
—¿Y cuáles son ahora mis errores?
—Haberos convertido en un cascarrabias, porque sufrís penas íntimas. ¿Veis cómo no se puede remediar que existe gran relación entre vuestro mando y vuestra actual pena? ¡Hablo yo, Carlos Lezama! No quiero que vos, el hombre en quien deposité toda mi

confianza...

—...con espías a la vista...

—...con espías que no veis, eche a perder no ya la Legión del Mar, sino lo más importante: la propia estimación.

—¿De qué estimación habláis?

—De la que muy a mi pesar os tengo y os tenéis. Os estáis comportando como un vulgar mortal, pirata. Vos... vos que presumís de excepcional, estáis actuando como un hombre incapaz de separar responsabilidades, que achaca a los demás sus propios yerros.

—Lo ocurrido en los destacamentos de Maifrén y Tierrahosca, no son yerros míos.

—Lo fueron al enjuiciar demasiado severamente. Atended, conde Ferblanc: hace cinco años, yo era severo, e inspiraba un sano temor, pero ninguno de los que estaban bajo mis órdenes podía, acusarme de haberme dejado influenciar por un hecho íntimo. Cuando mi hija murió a manos de piratas caribenses, puse en mi corazón una cruz sobre la tumba de mis sentimientos, pero me esforcé en no variar un ápice en mi externo comportamiento. Ni me convertí en cascarrabias ni castigué en demasía. Fui como siempre, aunque dentro de mi pecho había hielo de muerte. Aplicad la lección: ¿todos, somos igualen?, pues, imitadme. Si necesitáis morder Cargad la mano entre la hez del Caribe, pero no deis zarpazos entre nuestros hombres. A raíz de la desaparición de mi hija, durante un año, estuve atacado de la locura de dar muerte personal a cuanto pirata me veía delante. ¡Es mi vida íntima! ¿Os dais cuenta? Yo mismo os descubro intimidades, y a nadie toleré esa libertad. Debemos tolerarnos muchas libertades, conde Ferblanc. Que os apoden ahora el León Plateado no puede ofenderos, pero no quiero ni consentiré que os llamen “cascarrabias,”, porque el hombre no es rabioso, sino fríamente decidido, sin.arranques ni arrechuchos.

—En el fondo, me revienta reconocer que como siempre tenéis razón, excelencia. ¿Tenéis la bondad de seguir con la galerna? Hay voces broncas que fortalecen el ánimo.

—Sople pues la galerna per ambos puntos cardinales, os dije antes que soslayáis las verdades.

—Citadme mi soslayo.

—Huisteis de Puerto Colombia, y huisteis de una mujer. Triste

decadencia la del hombre que huye acobardado de su propia esposa. ¿Qué calificativo daríais al esposo que tal hiciera? Creo recordar que una de vuestras dilectas palabras era “calzonazos”, y que decíais que todo lo perdonabais en un hombre, menos dejarse dominar por una mujer.

—Por esa misma razón, me fui... Bien, pongamos que huí. Lo hice para no ser un calzonazos, que en eso era en lo que pretendía convertirme Mireya.

—¿Podéis aclarármelo?

—¿Queréis dejar de ser caimán, señor almirante? La gacela rebelde en que se ha convertido Mireya, habrá venido a contaros lo sucedida, y no lo reprocho. Sois juez y árbitro imparcial.

—Me precio de ecuánime, y tos también. Reconoced, pues, que toda la razón asiste a vuestra esposa.

—Tate... ¿A que ella os convierte también en un calzonazos?

—¿Qué es un calzonazos, Carlos?

Púsose en pié violentamente el Pirata Negro, para mirar alternativamente con fría cólera al almirante y a la que acababa de aparecer apartando unos cortinajes pendientes al extremo del despacho.

—¿Esta dama escuchando tras trapos, es una de vuestras espías? ¿Y vos, excelencia, necesitabais que terceros oídos nos escucharan?

Mireya de Ferjus avanzó, sonriente el semblante.

—Ya una vez huisteis, Carlos Lezama. ¿Recuerdas? Era allá en Francia. Y yo vine en pos de tu estela, porque sabía que nuestra unión era necesaria. Eres mi marido, y hace un mes y trece días que me abandonaste huyendo. Estimo muy natural que hoy día de tu llegada, acuda yo a recibirte.

—Cara a cara, pero no escondiéndoos, señora marquesa.

—Gracioso es el reproche, en quien huyó.

—¡Maldita sea! —gritó el Pirata Negro, cuyo puño diestro se alzó para asestar golpe en la mesa del despacho.

Le contuvo la irónica mirada del Almirante Diéguez.

Y a su vez sonrió, pero con sarcasmo hiriente.

—Bien. Ya estamos lodos. Tres comadres. Una tertulia entre una dama autoritaria, un calzonazos y un benévolo y divertido espectador.

—¿Qué es un calzonazos, Carlos? —repitió ella, dulcemente.

El Pirata Negro cruzóse de brazos.

—Fijaos en esta linda y suave doncella matriarcal, señor almirante. ¿No creéis como yo que su tierna entonación justifica el crimen?

—Os araña algo semejante al remordimiento, amigo pirata. Hacedme la merced dé comadrear conmigo, Mireya. Repetid vuestros reproches a quien interesarán.

—¡El Caribe es tierra de hombres!....exclamó Mireya. —No hay sitio en este mar para los niños acobardados. El Caribe baña tierras de lucha, acción y violencia. No hay sitio en él para melodías de violín. Y entre los dos niños: ¡entre mi hijo y tú!... elegí quedarme contigo. Pero ¡contigo! En tierra y en mar, en pelea y en paz. No me resigno a soportar tus ausencias, a solas, muerta de pena y angustia. ¿Sufres porque tu hijo prefirió ensimismarse con melodías de cuerdas débiles a estremecerle de gozo oyendo el retumbar de los cañones y los aullidos de les luchadores abordando? También yo sufro, y juntos hemos de compartir esta pena, en espera del regreso de Humberto. No nos debe separar la ausencia de nuestro hijo. Nos debe unir más. Cuando esto te dije al partir Humberto, dijiste que empezabas a temer a la madre, porque si antes reinabas en mi corazón de esposa, había ahora en él un grito de protesta, un grito de corazón herido. Y no es así. Herido queda mi corazón, pero es tuyo por entero, como mujer. Como madre... repito lo que ya te dije, y cara a cara:... ¡Maldito sea el Caribe, cruel tierra de hombres sanguinarios!

Mireya de Ferjus sentóse, vibrantes aún en el ámbito del despacho los ecos de sus palabras.

Carlos Lezama, con voz algo ronca, dio frente al almirante Diéguez:

—Por seguida vez, quedáis, enterare de la situación. Mi esposa pretende que su lugar está a bordo del “Aquilón”, vaya donde vaya, y sea de muerte o no su singladura.

—Tiene ella toda la razón, conde Ferblanc. Si vos decidisteis que Humberto de Ferjus debía partir de Puerto Colombia regresando cuando se hiciera más hombre, es decisión que ella acató... siendo madre dolorida. Os dio un ejemplo de disciplina. Acató la decisión del padre, fuera o no dura. La habéis privado del consuelo de su hijo, durante vuestras agencias. ¿Queréis también privarla de la

compañía del marido, en el que busca refugio de confortamiento? Ella, para muerte o vida, con vos se unió. Dejándola sola, habéis cometido una injusticia cruel. A tiempo estáis de repararlo. Cogedla en vuestros brazos, lleváosla, y a solas con ella, tened la valentía de pronunciar las palabras que ella merece. ¡No es calzonazos el hombre que dando consuelo a un alma de madre, sabe hacer vibrar el corazón de una mujer! Y ahora, si me decís que me meto en lo que no me importa, ofenderéis a Mireya, a la que aprecié como si fuera mi hija, la que perdí por culpa de piratas viles. ¿Por culpa de un pirata caballero, pero susceptible, por segunda vez perderé el afecto de una pobre niña desamparada? Sed ecuánime, ¡por cien mil rayos!... y comprended que más esfuerzo le cuesta a Mireya aparentar reciedumbre, que a vos os costará dadle la razón. ¿Os creéis más hombre par engallar la cabeza y decretar que el trono de vuestra esposa es la cocina? Lo seréis doblemente si os arrodilláis a solas ante ella. Después, a bordo, si ella no obedece la misma ley de los tripulantes, dadle látigo, que yo mismo aplaudiré... Pero ahora, ¡lleváosla, y doblad la rodilla ante la que me merece toda la admiración por madre y por esposa!

Juan Diéguez púsose en pie, resoplando. Unos instantes le estuvo contemplando ceñudo el Pirata Negro.

Mireya de Ferjus plasmaba en su rostro delicado de Madona un ínfimo temor.

Y de pronto el Pirata Negro avanzó... Dobló la rodilla y sus labios besaron las dos manos de Mireya cruzadas nerviosamente...

Levantóse de nuevo el Pirata Negro, para mirar, sonriente al Almirante Diéguez:

—¿Por qué a solas debía doblar la rodilla, excelencia? ¿No habéis sido vos testigo de mi terca injusticia? Sedlo también de mi reconocimiento de errores. Puedo hablar con franqueza ante vos y ella a la vez. A ratos me acomete la sensación de que fui excesivamente severo con Humberto... Y creo ver mudo reproche en las acariciantes pupilas de mi esposa. Por eso huí... Y por eso, me he convertido en el cascarrabias. Quizás conveniente me sea, la dulce presencia de Mireya, para que mitigue mis arrechuchos.

Ella levantóse para estrecharse, en mudo abrazo convulsivo con el Pirata Negro que por encima de la cabeza femenina, murmuró:

—Vos os lo habéis buscado, Juan Diéguez. Presenciad las

efusiones de una pareja enamorada.

—Es el primer gorro que me encasqueto, pirata. Y creedme, si os juro que siento una gran satisfacción. Pero, tratemos de recordar que este es despacho donde tenemos por costumbre entablar duelos peligrosos, que deseo terminen siempre sin daño mutuo. ¿Puedo aspirar, señora marquesa, al placer de almorzar mañana al mediodía en la sala capitana del Aquilón?

Mireya de Ferjus desprendióse de los brazos de Lezama, para acercarse al burgalés, a quien besó sonoramente en las mejillas.

—Besos de nodriza, excelencia-sonrió el Pirata Negro —. Tengo para mí la impresión, que cuando una mujer cabal se lo propone, convierte en niños a los más curtidos y reacios cascarrabias.

—De cada mil mujeres, una hay que sabe hacerlo. Y vos tuvisteis la suerte de encontrar a la perfecta mujer.

—Y en vos el perfecto jefe y domador, excelencia. Y ahora, en que reina la concordia, ¿puedo retirarme á sostener privadas conversaciones con mi esposa?

Las “privadas conversaciones” que a bordo del “Aquilón” sostuvo el Pirata Negro con la marquesa de Ferjus, debían emanar un aura de alegría, porque en el entrepuente “Cien Chirlos”, cosa rarísima en él, dedicábase a un pasatiempo especial.

Silbaba desatinadamente pero con gran brío, cuantas coplas de amores sabía.

Era feliz, porque en el “Aquilón” habría de ahora en adelante, la apaciguadora influencia de la esposa del Pirata Negro.

Capítulo II

Destacamento de Maifrén

El capitán Andrés Silvestre, el más joven de los seis, segundos comandantes de la Legión del Mar, a las órdenes del conde Ferblanc, lanzó una mirada de enojo al contramaestre Torcaz, alias “Peludo” por la monda calva que ostentaba su cráneo en punta.

—Bien oísteis el calificativo con que nos adornó el conde Ferblanc en su última visita al destacamento. Dijo que por lo visto ante nuestra incapacidad debería él personalmente encargarse de la captura de “Mefisto” y su lugarteniente “Ojos de Plata”. ¿Vamos a darle la razón? ¿Tendré yo, pese a las órdenes en contra, que ponerme personalmente a la búsqueda del francés Leblond y su lugarteniente Graskell? Contestad, contramaestre.

Abundio Torcaz, tenía cuarenta y ocho años y Andrés Silvestre, veintiocho. Pero el antiguo presidiario, que ahora acaudillaba el “grupo de infiltración” haciéndolo muy eficientemente, sentía gran respeto por el decidido y valiente capitán.

—Cuantas pesquisas se han efectuado, mí capitán, han sido estériles. Parece como si el Caribe hubiera devorado todo rastro del francés Leblond y su nave. Las olas del Caribe hablan, contramaestre.

—No transmiten mensaje alguno, mi capitán. Hemos recorrido el perímetro que nos pertenece, sin lograr averiguar absolutamente nada del pirata Leblond.

—La misión, no obstante, es sencilla. Narcise Leblond y su lugarteniente son dos sujetos de fácil persecución. No son vulgares. Tienen señas personalísimas. Él uno, rubio y elegante, es la personificación de un diablo sonriente. El otro, impávido y siempre pulcramente rasurado, se distingue por la claridad de sus ojos

grises. Nuestra misión es darles captura y hundir su nave... ¡Y debemos triunfar como sea, contramaestre Torcaz!

—Hemos hecho cuanto hemos podido, mi capitán. En la infiltración, siete de mi grupo han hallado la muerte, tres en la isla de Piloto y otros cuatro en las Tortugas. No ha quedado ancladero sin que uno de mi grupo al menos, intentara obtener informes. Desde diciembre pasado la nave "Mefisto" no ha sido avistada por esas latitudes. Es de esperar que los del Destacamento de Tierrahosca encuentren en su perímetro de acción, el rastro del pirata francés.

—Os consoláis fácilmente, a fe mía, contramaestre —rezongó, malhumorado, el capitán Silvestre—. En fin, podéis iros. Mañana tomaré mi decisión.

Cuando Andrés Silvestre quedó al mando del destacamento de la Legión del Mar que, compuesta de dos naves, quedó acampado en la isla de Maifrén, estaba muy ufano.

Compartía el mando con el capitán Gil, que actuaba a modo de enlace, permaneciendo en alta mar al extremo Sur del cuadrángulo caribense designado a su vigilancia.

La isla desierta y pedregosa, no era frecuentada, porque había que sortear peligrosas corrientes de entrada.

En ella, instaló Silvestre su campamento, y debido a la admiración que sentía por el ex pirata Negro, prometióse esmerarse en demostrar que era digno de ostentar una jefatura.

Y empezaba a maldecir del pirata francés apodado "Mefisto", que, como si se hubiera propuesto ponerle en ridículo, se empeñaba en no dejar huellas de su paso.

Recordaba Silvestre las palabras del conde Ferblanc:

" —Sólo tres jefecillos quedan en el Caribe, con renombre suficiente para que la Legión del Mar esté obligada a aplastarlos. Son Narcise Leblond, y su lugarteniente Fenimore Graskell, y el último bucanero Ted Redgrave, el inglés. Leblond y Graskell rondan siempre esos parajes. Vuestra misión es capturarlos, a ser posible en vida, porque "Mefisto" lanzó un reto personal contra mí, osando afirmar que era mi pesadilla. Yo he prometido colgarlo del palo mayor de mi propio velero y os estaría muy agradecido, si me concedierais ese privilegio. Os tengo en buen concepto, capitán Silvestre".

Pero eso lo había dicho el conde Ferblanc a raíz de partir Silvestre hacia Maifrén.

En cambio, cuando por segunda vez se entrevistó con el conde Ferblanc hallóse ante un hombre distinto al que le había hablado de Leblond, Graskell y Ted Redgrave, el último bucanero.

Tenían razón sus hombres al susurrar dos nuevos apodos. Siempre había Silvestre conceptuado de mal gusto la desmedida afición de los marineros antillanos a buscar motes para cualquier persona.

Pero reconocía que el "cascarrabias" y el "león plateado", eran dos modismos que plasmaban la nueva personalidad del que inesperadamente habíase presentado quince días antes en el destacamento de Maifrén.

Había sido un hombre hosco, duro, fiero y airado, el que, encarándose con él y aplicados los dos puños en las caderas, en ademán de plebeya provocación, le había espetado con incisiva mordacidad:

" —Vos os tendréis por un gran capitán, pero sois una nulidad revestida de uniforme. Se os encomienda una misión al alcance de cualquier sabueso esbirro, y con todas vuestras ínfulas de soldado, no lográis siquiera dar con un paradero. No se os pide más, mi joven capitán. Simplemente averiguar dónde está la guarida de Narcise Leblond".

Otras muchas cosas habíale dicho, que habíanle parecido a Andrés Silvestre injustificadas. Y luego, aquel dichoso asunto de las cantineras...

Por eso acogió con agrado la llegada del capitán Lope Holgado, con el cual podría explayarse.

El taciturno coloso de ojos estriados, desembarcó en escala de paso hacia Puerto Colombia, de regreso de un viaje de enlace, portando órdenes y suministros.

—No es posible-comentó, al oír las quejas de Silvestre —. El jefe que me describís es un cascarrabias injusto, y el conde Ferblanc nada tiene de esto.

—Ha cambiado profundamente. Tiene todo el aspecto da un fiero león de melenas surcadas por hilos Canosos y deseoso de hallar un imprudente cordero que le bale rebelde. Bien me guardé yo de excitarle, para no ser víctima.

—Exageráis, mi joven amigo. Conozco perfectamente al conde Ferblanc, y alabo siempre su sentido bienhumorado y sobre todo, su ecuánime espíritu justiciero.

—Esta era también mi opinión. ¿Creéis que exagero?

—Sé que no sois dado a engrosar, pero quizá estéis algo resentido, porque a veces el conde Ferblanc es voluntariamente duro y sabe hallar hirientes palabras.

—Hacedme la merced de enjuiciar el asunto de las cantineras. ¿Vos pensáis que el conde Ferblanc es un pacato puritano hipócrita, de prejuicios convencionales?

—Acabáis precisamente de definir todo lo contrario al carácter de nuestro jefe.

—Fuerzas destacadas necesitan de mujer que cosa ropas, sirva bebidas y caliente comidas. Las cantineras se enrolan voluntariamente, y si se entablan idilios más o menos prácticos, no es mal que clame vergüenza.

—Humana condición exige pura la propagación de la especie que cunda el mutuo atractivo entre hombre y mujer-dijo, seriamente, Lepe Holgado, aunque con zumba.

—Pues bien, figuraos que el conde Ferblanc al entrar en la cantina sorprendió a un corneta muy amartelado con Martina, la gallega.

—Haría la vista gorda, supongo.

—Le propinó al corneta dos puntapiés en salva sea la parte, cogió a la cantinera por una oreja y la dijo, que se buscara espeso, o que abandonara Maifrén, y en cuanto a mí..., pues me dijo, entre otras cosas, que si había ascendido al grado de alcahuete.

Lope Holgado mordiose los labios, sorprendido.

—Realmente, no reconozco al conde Ferblanc.

—Eso no fue todo. Reunió a la gente, y tras prodigarles insultos, vino a resumir su perorata, diciendo que estábamos destacados, no para fundar un Edén de perdularios y cantineras, sino para reprimir piraterías y luchar.

Lope Holgado volvió a embarcar y tocó en Tierrahosca, donde le salió al encuentro el capitán Ramiro Díaz.

—...y francamente, no había derecho.

—Excusadme, pero por antigüedad os recordaré que no debemos murmurar de nuestro superior.

—No es murmurar, señor Holgado-dijo, envarándose, el militar —. Es simplemente exponer los hechos. Yo respetaba y fui voluntario en acatar las órdenes de un ex pirata. Pero os aseguro que si reincide en llamarme botarate presumido, y comedor de chuscos, resigno el mando y dimito.

—No os lo toméis ton a pecho. Algo grave debe haberle sucedido al conde Ferblanc para que huya sufrido esa incomprensible transformación.

—Yo no soy responsable de sus cambios de genio, señor Holgado. A vos os une una directa amistad con el conde Ferblanc. Tratad de que a sus oídos llegue mi justo reproche.

—¿Por qué no se lo dijisteis a él?

Cruzóse de brazos colérico el capitán Díaz.

—¡Puños calientes sobre llaga, señor! Me hubiera gustado veros ante el león plateado… Poco le faltaba para echar espumarajos por las fauces.

—Exageráis, señor capitán Díaz. No es el conde Ferblanc hombre que pierda el vigor por la boca. Hasta la vista. Hablaré con nuestro jefe y pondré en claro todo esto.

Capítulo III

En alta mar...

La fragata del capitán Lope Holgado en su navegar, hacia Puerto Colombia avistó, a treinta millas de Tierrahosca, el velero “Aquilón”, que venía, en rumbo opuesto.

Mandó echar las velas al pairo y poco después subía por la escala tendida al costado del “Aquilón¡”.

Había ya divisado la silueta femenina en el puente alto, que ahora reconoció como la de Mireya de Ferjus.

Vino a recibirle el propio Pirata Negro

—Tiempo ha que no nos vemos, don Lope-sonrió Lezama —, A raíz de nuestra actuación de jueces, nos perdimos de vista, partiendo en rumbos distintos.

—La novedad consiste en que sigue sin hallarse el paradero de Narcise Leblond, que a esto fui.

—Ya daré yo con él-dijo Lezama, amablemente.

Miróle perplejo Lope Holgado.

—¿Tengo monos en la cara, don Lope?

—Os ruego que me concedáis privada audiencia.

—Tate... ¿A qué la ceremonia?

—Quisiera poder hablaros sin oídos ajenos.

—Vayamos a la sala capitana. Mi esposa recibirá con agrado vuestro saludo y la excusaremos que os haga honores, ya que por lo que deduzco queréis hablar a solas conmigo.

Instantes después, tras beber el jarro de vino malagueño que le escanció el Pirata Negro, Lope Holgado tosió aclarándose la garganta:

—Una vez me dijisteis, que, llegado el momento, sabríais soportar unas cuantas verdades.

—Llegado el momento, todo lo soporto... hasta que me dan fatiguitas.

—¿Qué sucede cuando os dan lo que vos calificáis de fatiguitas?

—Que según quien me las produzca, le dejo imposibilitado.de reproducírmelas.

—No descubriré nada nuevo, si os afirmo que hay instantes en que tenéis desgarro de chulería callejera.

—Añadid también barriobajera. Pero tened presente, que tanto sé comportarme en corte encopetada, como en taberna de rompe y rasga, si tal me place.

—¿Es acaso el capitán Ramiro Díaz un jayán de los de rompe y rasga?

—Al grano, don Lope-rió el Pirata Negro —. Desembuchad lo que os atosiga.

—Rumorean las olas del Caribe que en vuestra visita al destacamento de Tierrahosca, llamasteis botarate presumido y comedor de chuscos, al señor capitán Díaz.

—Tal hice.

—¿Merecía los apelativos?

—Me da la gana de contestaros, porque en el fondo me causáis gracia, don Lope. ¿No es presumido como un pavo real nuestro señor Díaz, y no ha engordado comiendo raciones de harina suministrada por la panadería militar de las realísimas fuerzas de las Españas?

—Él no os llama pirata endiosado, conde Ferblanc.

—¿Y qué?

—Que no tenéis costumbre de echar en cara insultos, si no es a vuestros enemigos, o a los que no cumplen con sus obligaciones. ¿Qué faltas había cometido Ramiro Díaz?

—Vayamos por partes, dos. Lope. ¿En qué tesitura venís? ¿De preguntón amistoso, o de juez en lo que no os importa un pepino? Aclaradme la posición.

Enrojeció Lope Holgado, de carácter poco paciente.

—Yo alardeaba de conoceros, señor Lezama, y siempre sostuve la opinión de que podíais ser lo que se os antojara, porque sabíais colocar a todo el mundo en el sitio que le pertenecía. Pero lo que he oído comentar acerca de lo ocurrido en los destacamentos de Maifrén y Tierrahosca, me da una triste opinión de vos y de mí

mismo.

—Tate... Eso se va poniendo interesante. Una vez os partí una ceja, y quizá deseéis devolverme el obsequio. Vamos por buen camino. ¿Con qué os habéis formado una triste opinión de mí?

Lope Holgado adoptó inconscientemente y por maquinal prudencia de hombre avezado a luchas, una postura preventiva.

Enarcó los brazos, y en pie, apartóse de la mesa.

—Triste opinión tengo que formarme del que no comportó como un pirata caprichoso. ¿Qué mal hacían las huestes del capitán Díaz al visitar periódicamente, cuando estaban en turno de descanso, los poblados indígenas de islas vecinas, que alcanzaban a nado o remando troncos fatigosamente construidos? No era motivo para insultar a Ramiro Díaz. Pero eso es aun lo de menos. Lo que os reprocho, señor Lezama, es haber azuzado en ellos el ya considerable instinto de riesgo, tildándoles injustamente de cobardes aletargados. ¿Porque no sabían dar con el paradero del pirata Leblond y del bucanero Ted Redgrave? Tampoco lo he conseguido yo, ¿y soy por esto un cobardón aletargado?

—¿Qué más?

—Un corneta besando á una cantinera no es un crimen, señor Lezama. Lo hubiera sido si sorprendierais al capitán en esta postura... aunque sólo desde el punto de vista de graduación, ya que somos humanos. Si vos sois jefe de la Legión del Mar, sois el mayor alcahuete del mundo, si de tal calificáis a un capitán porque no puede vigilar en las horas de asueto por dónde vagabundean sus cornetas.

—¿Habéis terminado?

—El último reproche: también habéis colocado al joven e impetuoso capitán Silvestre en posición arriesgada. Él se cree un incapaz porque no da con la pista del “Mefisto” y puede lanzarse personalmente a tratar de averiguarlo, perdiendo la noción de la más elemental prudencia. Todo eso habéis logrado con vuestra nueva personificación de insultante cascarrabias.

Respiró hondamente Lope Holgado.

El Pirata Negro colocóse los puños en las, caderas y, arqueando las cejas, silbó unos instantes, como sí meditase.

—¿Conocéis la copla que he pretendido musiquear?

—No soy aficionado a ese pasatiempo.

—Es de una letra pueril, como compuesta por vate de escasa cultura, y más o menos viene a decir que hay ocasiones en que debe uno transigir con los que se meten donde no les llaman, si el propósito es noble. Al parecer, yo no me he comportado como se esperaba de mí. Dejémonos de coplas y transijo. Y ahora, ¿podéis decirme qué me aconsejáis en mis visitas a los dos destacamentos?

—Vuestra ironía resbala sobre mi curtida faz, conde Ferblanc. Yo me he limitado a indicar que erais y sois el ídolo de la Legión del Mar, y lo seguiréis siendo si como el mejor de los navegantes cuando deis un brusco y equivocado golpe de timón, corregís el rumbo a tiempo.

—¿Nunca por tormenta fuerte vuestro timón dio un giro que vos mismo no pudisteis evitar?

—Me ha sucedido.

—Pues había, tormenta... y sigue habiéndola en mi nave particular. Por suerte otro entremetido, también con noble propósito, me hizo observar que debía enderezar rumbo. Y a eso voy.

—¿Puedo inquirir si en algo puedo alterar los vientos tormentosos?

—Sólo el futuro decidirá, don Lope. Se trata de mi hijo Humberto, el violinista.

—De mocito no puede exigirse hombrías prematuras.

—Mientras, mi esposa era raptada, él tocaba el violín. ¿Os dais cuenta?

—Sucedería el hecho después de mi partida, ya que no estaba enterado.

—La misma noche en que nos separamos y vos partíais en viaje de inspección y enlace.

—Se abstraería el mozo en su tocata.

—Otra tocata le di yo en las espaldas y cargué la mano. Lo cierto es que a están horas estará en su castillo francés, donde podrán darle cuantos refinamientos quiera.

—He saludado a la señora marquesa.

—Se quedó conmigo.

—Comprendo ahora, conde Ferblanc, el motivo de vuestra sorda cólera. Excusadme si al no conocer la razón, os acusé de colérico y arrebatadamente injusto.

—No me excuso yo, puesto que no deben pagar los demás mis propios errores.

—¿Qué consideráis vuestros errores?

—Culpar a la humanidad de que mi hijo no haya salido a mi total satisfacción.

—La voz de la sangre siempre se impone. Tarde o temprano vuestro hijo regresará demostrando que no en balde, por desgracia o por fortuna, lleva en las venas el arroyo de pendenciero que vos tenéis. ¿Brindamos por ello?

—Brindis gustoso.

Iba ya el capitán Holgado a colocar el pie en el primer tramo de la escalerilla que le conducía a la lancha que esperaba para transportarle a su fragata, cuando volvióse al oír la despedida de Carlos Lezama:

—Espero no daros ocasión a que volváis a meteros en mis terrenos, don Lope. He sudado oyéndoos.

—Más sudé yo hablando, conde Ferblanc.

—En paz, entonces. Hasta la vista, don Lope.

Poco después, las dos naves separábanse con rumbo opuesto. Y faltaban apenas unas doce millas para dar vista al destacamento de Tierrahosca, cuando el vigía del “Aquilón” gritó:

—¡Incendió en Tierrahosca!

Capítulo IV

Ted Redgrave y el destacamento de Tierrahosca

Al Oeste del Caribe y a pocas millas de la holandesa isla de Curasao, un grupo de islotes englobados bajo el apelativo común de Bonaire, presentaban sus costas peladas bordeadas por arrecifes, que hacían Imposible el calado de buques, aunque fueran de pequeño tonelaje.

Las continuas rompientes imposibilitaban todo acceso y por esta contingencia, el archipiélago Bonaire no era habitado.

Sin embargo, a mediados del año 1721 llegó a ellas un numeroso grupo de individuos, tripulando frágiles esquifes.

Eran barquichuelas planas de poca estabilidad, muy semejantes a las empleadas por la fenecida asociación de los Bucaneros.

Los bucaneros habían sido los amos del Caribe hasta la llegada de los filibusteros, quienes las exterminaron. Recibieron el apodo de bucaneros, porque fue una sociedad fundada por Pierre Boucan y también porque dedicándose primitivamente a la caza, vestían pieles de "boucan", sin curtir.

Los que en frágiles embarcaciones semejantes a las empleadas por los bucaneros para su tráfico comercial de isla en isla, arribaron al archipiélago de Bonaire, vestían también pieles de, reses sin curtir.

Y sus lanchas planas exhalaban un fétido olor a carnes corrompidas, sangre seca y osamentas.

Agrupáronse en la mayor de las islas, llevando cada cuatro de ellos, al extremo de sus brazos en alto, las lanchas vueltas boca abajo.

Depositaron las lanchas en una forma simétrica, que semejaba una barricada circular.

En su mayor parte eran individuos de semblante feroz, taciturnos y melancólicos. Como única arma llevaban al cinto un ancho cuchillo de caza, de córneo mango.

Sentáronse acuclillados, adosando las espaldas a sus lanchas y uno de ellos, viejo enjuto de larga barba grisácea, salpicada de mugre y sangre reseca, levantóse.

—Todos me conocéis y sabéis que el viejo Edmond Grouin, es el único superviviente de la extinguida raza de los hermanos bucaneros, que fueron los primeros dueños del Caribe, hasta que sucumbieron vencidos por la aplastante superioridad de la unión de filibusteros y piratas. Todos vosotros vivís de la caza y vuestra existencia era mísera. Pero ha llegado el momento de enriquecerse y resucitar la fama de los bucaneros. Un hombre de superior categoría, que ha sido pirata y corsario, vino a verme me habló largamente.

El viejo hablaba monótonamente y los que le escuchaban tenían estólidos semblantes de matarifes.

—Lo que él me dijo, os lo repetirá. Precisaba de mí, porque mi prestigio no se ha extinguido y aun hablan del viejo Edmond Grouin, aunque muchos me creen muerto. Yo os he reunido y juntos hemos venido porque a partir de ahora renace el reino de los bucaneros. Necesitamos un jefe y éste lo será el que va a hablaros. Yo digo, con larga experiencia de años y a vetares, que Ted Redgrave, es el jefe que los nuevos bucaneros necesitan. ¡Ted Redgrave os habla!

Levantóse otro individuo que hasta entonces había parecido ser uno más de los, cazadores. Vestía pieles como ellos y mugrientas.

Su semblante tenía también una indiferente crueldad. Era alto y robusto y el rostro parecía tallado a hachazos en un bloque de madera obscura.

El semblante velludo y bronceado duba impresión de voluntad y energía.

—Soy Ted Redgrave-dijo en francés perfecto —. Nací en Portsmouth, pero he convivido largo tiempo con franceses. Tripulé naves corsarias y piratas. ¿Por qué las abandoné? El tiempo ha transcurrido y en el Caribe ya no dominan los piratas. En cambio, nosotros, los nuevos bucaneros, podemos reinar, porque nuestros métodos son los de todos los tiempos. Por bandadas de fácil y

rápido movimiento, podemos asaltar pasando a cuchillo a poblaciones costeras e isleñas. El botín será considerable y sin riesgos. Sólo nos falta unirnos, trabéis oído hablar al viejo Edmond Grouin. Él eligió entre los cazadores de las islas, a los que conocían su prestigio, y daban fe de ser hombres de pelo en pecho. Yo le dije al viejo bucanero, que poseía suficiente dinero para armaros a todos y pagar por; anticipado la primera expedición. También le dije que donde muchos mandan, todos fracasan, Un solo jefe y seré yo si aceptáis mi mando. Pónganse en pie los que quieran regresar a sus islas. Háganlo ahora, antes de que exponga mis planes.



—El botín será considerable, y sin riesgos. Sólo nos falta unirnos.

Una decena de hombres levantáronse. El más viejo de ellos adelantóse:

—Vivimos mísera pero tranquilamente, Ted Redgrave. Formamos aldea y la caza nos da de comer. Vinimos porque

creíamos que el viejo Grouin nos quería llevar a expedición de caza por tierras sudamericanas, en grupo numeroso. No queremos ser bucaneros.

—Libres sois de elegir lo que mejor os convenga-replicó Ted Redgrave, impasible —. ¿Alguno más quiere marcharse?

Nadie se movió, permaneciendo todos sentados.

Los diez disidentes dirigiéronse hacia sus lanchas, levantándolas por encima de sus cabezas.

—Podéis partir tranquilos. No se os matará-añadió Redgrave —. Porque no quiero discusión. Prefiero que sepan por el Caribe que Ted Redgrave, el corsario inglés, acaudilla ahora fuerzas bucaneras de poderosa vitalidad. Id y propagad el mensaje.

El viejo Grouin, desenvainando el cuchillo, púsose de nuevo en pie, para señalar, con la ancha hoja de acero, a, los diez que se dirigían hacia la cercana playa:

—Dirán que estamos en Bonaire.

—Mañana partiremos, viejo Grouin. Nos diseminaremos y continuamente elegiremos nuevos ancladeros. En esa estribará nuestra fuerza principal. Donde nosotros arribemos, no podrá recalar buque alguno. Les veremos y no nos verán. Nos moveremos de noche y durante el día, dormiremos en costas seguras. ¿Para qué matar a esos diez insensatos que prefieren comer carne ahumada a vivir en la abundancia? Castigo tendrán cuando empiecen a sentir remordimiento al oír hablar de la creciente pujanza de los bucaneros de Ted Redgrave.

Asintió el viejo bucanero, envainando su cuchillo.

—Tienes razón, jefe Redgrave. Serás un jefe adecuado.

En noviembre del 1721, los bucaneros de Redgrave habían cometido numerosas rapiñas sangrientas. Y colmó el terror que esparcían, la noticia de que, aliándose con el pirata Leblond, habían participado en una horrible matanza en isla española.

Y Ted Redgrave justificó la esperanza del viejo Grouin, porque ya en todo el Caribe, volvía a oírse la palabra bucanero.

—Sierpes escurridizas-decía, a mediados de febrero, del 1722, uno de los bucaneros de Redgrave —. Así nos llaman, patrón.

Estaban de nuevo en el archipiélago de Bonaire, que varias veces y en distintas ocasiones habíales servido de provisional refugio.

Ted Redgrave, “el patrón”, seguía como todos sus hombres

vistiendo pieles fétidas, aunque su cofre enterrado junto a los de sus hombres en un paraje sólo por ellos conocido, atesoraba muchas monedas de oro, joyas y lingotes.

La ambición común era reunir fortuna considerable, que les permitiera remontarse hacia las tierras norteñas donde empeñaban a colonizar unos audaces exploradores sajones.

Y allá, en las Nuevas Tierras del Norte, comprar posesiones ya cultivadas, para vivir la existencia de ricos terratenientes y aspirar a ser poderosos y respetados entre la sociedad naciente compuesta de holandeses, bretones y daneses.

—Sierpes escurridizas-repitió Ted Redgrave, aprobando —. Nos cuadra como anillo al dedo. En eso reside nuestra fuerza.

—Dicen, patrón, que el conde Ferblanc ha jurado exterminarnos.

—La Legión del Mar puede infiltrarse entre piratas, pero nadie puede entrar en nuestros dominios, porque no vivimos aglomerados en poblaciones costeras, sino que somos vagabundos del mar.

—Dicen, patrón, que la Legión del Mar sólo tiene dos misiones actuales, Exterminar a “Mefisto” y terminar con nosotros.

—Terminaremos nosotros con ellos cuando regrese “Mefisto”. Déjame a solas con el viejo Grouin.

Marchóse el portador de noticias y en la tienda baja de techo y despidiendo el mismo olor nauseabundo que las pieles de sus vestidos, los dos bucaneros estuvieron en silencio unos momentos.

Al fin, Edmond Grouin comentó:

—Hora es ya de que “Mefisto” vuelva con su nave. Juró que nos ayudaría a exterminar a los destacamentos.

—Fue a Francia en pos de una mujer. Regresará pronto.

—Enamoradizo es el joven pirata —gruñó Edmond Grouin, mostrando su desdentada boca, en mueca hostil—. Los años le enseñarán que de la mujer sólo se logran quebraderos de casco...

—Cuando Leblond entre en el Caribe, ya lo sabremos. Pero ahora estoy pensando en el destacamento de Tierrahosca.

—Una nave permanente y trescientos hombros, españoles por añadidura. Es un destacamento invencible, jefe Redgrave.

—Tú mismo dijiste, viejo Grouin, que la mujer sólo trae quebraderos de cabeza.

—Los muchos años me lo han demostrado.

—Por la mujer podemos diezmar al destacamento.

—¿Cómo?

—Los españoles, en sus tumos de reposo, van a nado o en lancha a las vecinas islas donde abundan las tribus. Muchos de ellos se casan, que esto sí debemos reconocerlo… De salvajes que son dan trato de iguales a las salvajes, cuando más fácil les sería servirse de ellas y después olvidarlas. Mezclan sus sangres y crean una nueva raza. Y en todo ello he pensado.

—¿Cómo diezma esto al destacamento?

—Quedan de turno vigilante un centenar de hombres. ¿No hemos de poder nosotros con un ciento de hombres?

—Son españoles, jefe Redgrave.

—¿Acaso se comen crudos, a los niños?

—Los muchos años me han demostrado que la misma bala que mata a tres ingleses, o a dos franceses, dejándolos sin movimiento, mata tan sólo a un español, pero dándole tiempo a que escabeche aun a muchos enemigos.

—Chocheces, viejo Grouin.

—¿Chocheces? —cloqueó, irritado, el viejo bucanero—. ¿Estuviste tú en Panamá el año 1884? ¿Estuviste tú en La Española, allá por el 1689? ¿Peleaste, como yo, en el 1694, contra los sitiados de Puerto Rico?

—Aún no navegaba por este mar, viejo Grouin.

—Pues por esto debes callarte, jefe Redgrave, cuando te digo yo que un español vale por tres hombres de otra raza, a la hora de la pelea. Son salvajes y bestiales.

—Somos doscientos, viejo Grouin.

—¿Para qué quieres entrar a saco en un destacamento donde no hay oro y sólo soldados? ¿Donde no hay brillo de joyas, sino brillo de armaduras?

—Si aplastamos el destacamento de Tierrahosca, cuando venga Leblond a su cargo correrá aplastar primero el destacamento de Maifrén y después juntos exterminar lo que quede de la Legión del Mar. ¿No estamos de acuerdo en que el Caribe no es seguro desde que navega por él la fuerza al mando del conde Ferblanc?

Tardó Edmond Grouin unos instantes en contestar:

—Tienes razón, jefe Redgrave. Debemos estudiar el momento más favorable para arrasar el destacamento de Tierrahosca.

Capítulo V

El destacamento de Tierrahosca

—¿Conque no sé lo que me hago, verdad? —rezongó el capitán Ramiro Díaz, tomando por interlocutor el frasco de vino que encima de la mesa y ante sí tenía.

Estaba a solas en su tienda de campaña y fuera velaba su asistente para dar la voz si alguien se acercaba.

Desde la visita del Pirata Negro, constituía una obsesión para Ramiro Díaz, no tan sólo les calificativos de “botarate presumido” y “comedor de chuscos”, sino también la frase “Edén de soldadesca y cochambrosas indias”.

—¡Tú sí que eres un fanfarrón engreído! —apostrofó Ramiro Díaz, viendo en el frasco al conde Ferblanc—. Y un comedor de hígados y corazones de gente honrada. ¿Soldadesca y, cochambre, no? ¿Y tú qué eras, maldito piratón?

Aquellos desahogos le sentaban bien al jefe del destacamento de Tierrahosca. Decía que sin ellos no podía digerir.

Cuando terminó de digerir, salió al exterior, y su asistente se cuadré marcialmente:

—Sin novedad, mi capitán.

—¿Y a ti quién te pregunta por dónde viene el sol, bellaco perverso? Estoy harto de todos vosotros. Tantas escapadas a las vecinas islas que bordean la costa, empiezan a amoscarme. No estamos aquí para crear un Edén de soldadesca e indias cochambrosas. ¿Te has enterado, bellaco?

—Sí, mi capitán.

—Voy yo a poner coto a todo esto. Hemos sido destacados para dar con la pista de la fragata “Mefisto” y apabullar a esas sierpes escurridizas de los bucaneros.

Rió de pronto el irascible capitán al percibir el palidecimiento de su asistente.

—¡Andaluz! ¿Qué tendrá de particular que miente yo las bichas, hombre? En el fondo, tiene razón el conde Ferblanc. Nos pueden sorprender bonitamente, en una de esas en que todos los del turno de descanso andan saltando de mata en risco planeando futuras bodas que si bien perpetuarán él auge y engrandecimiento de la raza nuestra, ponen en peligro la verdadera finalidad de la Legión del Mar que no es otra que sanear el Caribe.

Para el capitán Ramiro Díaz no existía emplazamiento más, ideal para un destacamento que aquel de Tierrahosca.

Era una larga franja costera, baja y arenosa, que formaba a modo de península en el extremo occidental de la costa norteña venezolana.

Su situación era el mejor observatorio de entrada y salida de cuantos bajeles tomaran la ruta natural pasando del Atlántico al Mar de las Antillas, aprovechando el paso abierto entre la isla de Tobago y la de Puerto Español.

Frente a la península de Tierrahosca, abríase un inmenso collar compuesto por una miríada de pequeñas islitas habitadas por indígenas y hacia cuyo archipiélago dirigíanse a nado muchas veces los soldados en turno de reposo del destacamento.

Al Este escalonábanse las renombradas Tortuga y el archipiélago de Bonaire.

Tierrahosca había sido elegido por su estratégica posición, porque el mismo collar de islitas hacía el paso muy difícil para nave cualquiera que pretendiera atacar por sorpresa el destacamento.

Pero ahora aquel collar resultaba un dogal para Ramiro Díaz, el cual, tomando ahora por confidente a su asistente, porque sabía que éste iría repitiendo lo que él dijera, manifestó:

—Esta noche, en el turno de relevo de guardia, los que queden libres, serán avisados al pasar lista, de que han terminado las excursiones. No quiero dar la razón a quien me llamó botarate y he comido muchos panes de tropa, para no saber de qué pie cojeáis vosotros. La molicie os da flojera, y a partir de mañana, los que queden sin servicio, verificarán alguna labor provechosa, tal como cortar leña para edificar baluartes.

Estaba Ramiro Díaz, repitiendo lo que habíale dicho en peores

palabras el conde Ferblanc...

Su asistente, agitó varias veces la cabeza en sentido circular, que era su gesto habitual y que no le comprometía, pues tanto podía significar que asentía como quo negaba.

—Y ahora, bellaco, vete si quieres visitar u tu amada, porque esta tarde va a ser la última. Ellas también saben nadar y hay la minina distancia de aquí allá que de allá aquí. Una cosa es ser galantes y muy otra el convertirse en mojadas alfombrillas.

Alejóse el asistente, y Ramiro Díaz, de la cartera que pendía de su hombro, extrajo un grueso libraco.

Tenía la imaginación cansada y eligiendo una sombra favorable que mitigara el calor, se dispuso a leer confortablemente sentado, uno de los dos libros que tenía al alcance de la mano.

Abrió la pesada tapa del primero, leyendo:

“Cosas por descubrir, para gozo de espíritus inquietos: tierras, mares, microbios del mal de ojo y medicamentos ofensivos y defensivos”.

"MARAVILLAS DE LA NATURALEZA”

”En qué se contienen dos mil secretos de cosas naturales, ele mucha curiosidad y provecho, recogidos por graves autores.

"Recopilación de Manuel Ramírez de Carrión, Maestro y Secretario del Marqués de Priego. Dirigido a Su Excelencia, en el año 1629.

“Con privilegió en Córdoba, en la imprenta de Francisco Gracia”

En la segunda página sólo había una pequeña columna, que decía:

«APROBACION DEL CENSOR DEL CONSEJO”

”Por mandato de V. A., he visto este libro intitulado “Maravillas de Naturaleza”, compuesto por Manuel Ramírez de Carrión. Es libro curioso y que muestra el autor grande ingenio y estar muy versado en

todos los autores que cita, por ser verdaderas y no tiene cosa contra nuestra Santa Fe, por cuyo respecto lo firmé en esta Corte en cuatro de mayo de mil seiscientos y veinte y ocho años.

”Doctor Juan Salazar”



—El jefe que me describís es un cascarrabias...

Al capitán Ramiro Díaz la letra negra le estorbaba mucho y hubiera preferido echarse al agua y nadar hacia alguna de las paradisiacas islitas.

Pero suspirando, dedicóse a volver páginas, fijándose en los grabados; Cuando alguno le interesaba, leía el texto que bajo él aparecía en letras gruesas:

> *“Abejas. —Que se han ahogado en el agua, sacadas de ella y poniéndolas al sol, polvoreadas con ceniza, cobran vida de nuevo, de que tengo hecha experiencia muchas veces. Mueren untadas con aceite y vuelven a vivir mojadas con vinagre”. (Plinio).*

El capitán Ramiro Díaz rascóse la sien, preguntándose mentalmente por qué no se haría constar que las abejas eran inmortales.

“Agnocasto. —Llevando en la mano una vara de este árbol, aligera el cansancio del camino y hace que no se desuelle el caminante en ninguna parte de sus pies”. (Galeno: Lib. VI de Simpl. Facult,).

Pensó Ramiro Díaz en los callos que sus botas ocultaban y se propuso enviar a sus soldados a la busca de este árbol, de nombre difícil.

“Almendras amargas. —Comidas cinco o seis antes de beber, preservan de la borrachera; remedio que usaba Druso, hijo de Tiberio, el mayor bebedor de su tiempo”. (Plutarco: In qs. eonu. Lib. II. Quest. 6).

Esta vez el capitán Díaz rió con sorna. Las fuerzas españolas iban a agotar las existencias de almendras amargas, cuando él les contara el remedio para saciar la sed sin convertirse en piltrafas beodas.

“Cidra. —Es antídoto contra todo veneno. Refiere Ateneo que siendo condenado un delincuente a que muriese mordido por un áspid, habiendo comido cuando iba al suplicio de tina cidra que le dio acaso uno de lo a quo le acompañaban, llegó al teatro y, siendo mordido del áspid, no recibió ofensa. Vista la maravilla, fue preguntado si había tomado algún preservativo y hallando no haber comido otra cosa sino de la cidra, hicieron, la experiencia con otros dos condenados a muerte dándosela a comer a uno y no al otro; fue cosa maravillosa que como a ambos mordiese el áspid, el que había comido a cidra, quedó libre y el otro murió rabiando con las bascas del veneno”. (Plinio).
“Catarro, nasal. —Cúrase el moqueo frotándose la nariz y besando el morro de un asno”. (Jerónimo Gamberro: Prov. 39).

Dióse Ramiro Díaz grandes palmadas en las costillas para

amenguar las carcajadas que le brotaban incontenibles, porque estaba pensando que muchas señoras que conocía nunca estaban resfriadas, deduciendo, por tanto, que sus esposos eran el antídoto contra los catarros nasales.

> *“Consuelda. —Es tan grande la eficacia que tiene en ayuntar y mundificar las heridas frescas que, puesta sobre ellas, las junta y sana brevísimamente, y aún vuelve a juntar y pegar los pedazos de carne que están a cocer en la olla”. (Oarolus Steph. Lib. III de Agrix. 63).*
> *“Crocodillo. —Engendra, pone y saca sus huevos en sesenta días; tiene sesenta dientes y una espina con sesenta cuerdas; vive sesenta años y está sesenta días escondido, sin comer”. (Eliano: Lib. I. Cap. 3).*

Lo que escapaba a la comprensión del capitán, era el porqué de este juego de escondite de sesenta días, durante los cuales los exploradores no corrían peligro. Pero el año se componía de seis veces sesenta días y lo difícil era saber cuáles eran los sesenta en que el cocodrilo ayunaba.

> *“Cuernos. —Proceden del casco, excepto en el ciervo, que nacen de la piel y por eso los mudan cada año. Los de carnero quebrantados y entenados en parte húmeda y estercolada, producen espárragos”. (Aristóteles: Natur. Iicrum. Lib. III. Cap. 9).*

Pensó Díaz en la hermosa ciudad de Aranjuez y también se secó las lágrimas riendo malintencionadamente, al recordar la escasez de carneros.

> *“Habas. —Echadas en aceite caliente, que estén allí nueve días y después sacadas de él y secas, sembrándolas en tierra dispuesta, nacen y crecen dentro de una hora en altura de un palmo. Lo mismo se puede hacer con las calabazas”. (Folopia: Lib. III. De Secret.).*

La meditación del capitán Díaz dio en recorrer desde un original pensamiento hasta sus lejanos tiempos mozos. Las habas eran cosa muy importante como lo demostraba el hecho de que en todas partes las cocían.

Y recordaba sus días de niñez, en aquellos crepúsculos en que los sembrados verdeaban bajo el airecillo que venía de la sierrecilla cercana,

Veíase buscando entre las matas las más tiernas y jugosas. Pero tardaban mucho en crecer. Con la uña hizo una señal en aquella página, para recomendar el procedimiento cuando regresase a su terruño.

> *“Hígado. —Por la experiencia de los lugares sitiados se sabe que dura cien años sin corromperse”. (Pliniot Lib. 2. Cap. 37).*

Rascóse pensativo Díaz. No quería poner en duda la sabiduría de Plinio. Pero la historia no hablaba de ninguna ciudad o campamento que hubiera estado sitiada durante cien años consecutivos.

> *“Huevos. —Empollan y sacan en África, sin que la gallina Se eche sobre ellos, de esta manera: acomodar en un gran vaso de tierra más de mil huevos y bien atapados los van calentando a fuego manso; y pasado el séptimo día, van saliendo los polluelos. Para cocer un huevo sin fuego no se precisa sino darle vueltas en una honda, lo cual lo calienta como si se pusiese al fuego, industria que practicaban los babilonios”. (Cardano: L¡b. VII del Kerum Val.).*
>
> *“Humores. —Del cuerpo humano bien acomplexionado, han de tener esta proporción: ocho partes de sangre, cuatro de flema, dos de cólera y una de melancolía”. (Mexia: Sylva de Var. Ucc. Par. 2. Cap. 19).*
>
> *“Lágrimas. —Petrificada forma legaña. De dolor, sale caliente, las de contento, frías. (Aristót. Secr. 31). “Las de jabalí son dulces, las del ciervo, saladas”. (Plutarco: Inqs. Comí.). “El león las derrama cuando se quiere morir”. (Plinio).*

—¿El león las derrama cuando so quiere morir? —murmuró

Día», en voz alta— ¡A ver si lloras pronto, conde Ferblanc!

> *“Mar. —Cría en sus senos en diferencias de pescados cuantos animales y sabandijas produce la tierra, sin exceptuar gusanos, lombrices y moscas: hasta pulgas y piojos que inquietan y fatigan a los pescados. Y lo que más admira es que hay animal en el mar que representan la figura del Sol, Luna, y Estrellas”. (Trivio: Libro 9. Cap. 49).*
> *“Melancolía: —Melancólicos han sido todos cuantos hombres ha habido en el mundo señalados de letras”. (Pujol Huerta: Cap. IV. Prov 8).*
> *“Memoria. —Se aumenta untándose las sienes con hiel de perdiz una vez al mes”. (Cifré: Lápix Magie. Capítulo 34)., “Ranúnculo. — Yerba acuática. Hace morir riendo al que la come”. (Plinio) ".*
> *“Rémora. —Pececillo, no mayor que una babosa: detiene un navío con la fuerza de su navegación”. (Opinis, Plinio, Elianus, Plutarco),*
> *“Tarántula. —Es un género de arañas que se cría en el reino de Nápoles, y tan ponzoñosa en el estío, que el que es mordido de ella pierde los sentidos y muere, y si escapa queda tonto o mentecato. Cúrase con música de flautas, vihuelas y otros instrumentos, la cual, oída del paciente, comienza a bailar incesantemente hasta que se ha gastado la ponzoña y queda sano”. (Pedro Mexía: Part. 2 de La Sylva).*
> *“Pollo. —Clavándole la cabeza con un cuchillo de estuche que pase desde la coronilla hasta debajo de la barba, volviéndole a sacar y echando en la herida zumo de siempreviva, que es la uva canilla que nace en las azoteas, estrujada entre los dedos, se puede soltar luego al pollo, y comerá, andará y vivirá como los demás”. (Bautista Porta: Lib. 30: Fier. Jía-tur).*

Ramiro Díaz rezongó entre dientes una sarta de opiniones propias sobre los que llamados sabios se dedicaban a jugar con pollos, ¿Si el pollo va estaba vivo, para qué rebanarle el gañote y luego ver si podía vivir?

> *“Boca. —Se llena de saliva cuando se hablan dos que mucho se aman”. (Plinio: Libro II. Cap. 3).*

Cerró Díaz de golpe el libro, francamente indignado.

—¡Maldita sea! —monologó airado.— ¡Vaya sacrilegio! ¡Pensar que Paolo y Julieta, Romeo y Francesca, Pablo y Desdémona, Otelo y Virginia, y tantas parejas románticas, al hablar de amor, echaban salivillas! ¡Oh, Plinio, tú jamás debiste amar! ¿Por qué denigras el amor?

De pronto sintió que su boca poníase reseca. Una hermosa indígena con los cabellos húmedos y sueltos, acababa de surgir del agua, como una Nereida mitológica.

Acercóse peinándose los negrísimos rizos con una caracola de mar, y con voz dulce preguntó en español cantarino:

—¿Sois vos el gallardo y bizarro capitán Ramiro?

Ramiro Díaz, rechoncho y cuarentón, encontró de pronto abundancia de saliva para decir temblón:

—Lo soy. ¿Quién eres tú?

—Elisa, de la isla Morena.

Y cayó el crepúsculo sombreando el paraje donde el capitán Ramiro Díaz, demostraba que si no era gallardo y bizarro era en cambio muy brioso.

* * *

En el islote más occidental (leí archipiélago de Bonaire, los bucanero de Ted Redgrave esperaban que cayera el crepúsculo, para acometer el asalto al destacamento de Tierrahosca, en cuyos menores detalles habíales ya impuesto su jefe.

Ted Redgrave seguía la máxima del viejo Edmond Grouin: “Antes del cercano combate, distrae el ánimo con provechosa lectura.”

Y el mismo Grouin era el que habíale entregado el libro recientemente editado en una ciudad norteamericana.

—Es provechoso, jefe Redgrave. Los errores de los nuestros, nos evitarán caer en ellos. Este hombre que escribió estas páginas, estudia la situación de la piratería en la tierra del Norte, donde iremos al rebasar la fortuna que nos hemos propuesto para ser colonos ricos en Norteamérica.

Ted Redgrave leyó en voz alta:

“Los piratas de Norteamérica”.

“Al cerrar el siglo XYII se verifican dos cambios que hacen alterar de nuevo el carácter de la piratería. El primero fue un aumento de vigilancia en aguas territoriales por buques de los Estados, que paulatinamente va obligando —a' los piratas menos aventurados a replegarse a tareas más sociales, en tanto que los incorregibles están obligados a buscar nuevos campos para el ejercicio de., sus dotes.

”Debido a esta vigilancia, combinada con el creciente despego de los colonistas, los piratas se desplazaron de sus frecuentadas aguas. El otro cambio estriba en las nuevas relaciones entre la Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas.

”En 1696 aprobó el Parlamento inglés el “Acta de Navegación”, cuyo objeto era excluir del comercio con las colonias a todas las demás naciones. España ya había probado la locura de tal restricción; pero, sin embargo, su experiencia no previno a Inglaterra, Holanda y Francia, de Intentar poner en vigor medidas similares.

”Estas leyes sólo beneficiaban a la metrópoli y, por lo tanto, eran odiadas por las colonias. Por ejemplo, el “Acta de Navegación” prohibía las importaciones de Oriente a Nueva Inglaterra, o cualquiera otra posesión inglesa en Norteamérica, salvo vía Inglaterra, aumentando su coste enormemente.

”Los colonistas, por lo tanto, se inclinaron a comprar ilegalmente sus mercancías dondequiera que más barato se las ofrecieran, y así apareció una nueva escuela de piratas que por algún tiempo logró gran prosperidad.

”Poco después de promulgada el “Acta de Navegación”, vino en 1697, la paz de Ryswick, que puso fin a casi todas las actividades piratas del Caribe y sobre todo las de los corsarios.

"Millares de corsarios se quedaron sin legítimos empleo, pues no había ni por asomo, el suficiente número de barcos mercantes pada dar honrada ocupación a las tripulaciones corsarias.

”No hay duda que muchos se establecieron en tierra; pero cientos de entre los más rudos y desapacibles siguieron sin

medio de ganarse la vida. Las consecuencias fueron que esta gente formó compañías y se lanzaron al mar, igual que antes, pero sin patente de corso.

”Nada era impropio de tales desesperados, y con razón se ha dicho que le declararon la guerra a todas las naciones.

”Para fines del siglo XVII ya existía un itinerario regular de piratas. Una agrupación de marineros preparaba su barco en cualquiera de los puertos de Nueva Inglaterra y zarpaba para el Mar Rojo, el Golfo de Persia y la costa de Malabar.,

”El Imperio del Gran Mogol de la India, estaba entonces en un período de decadencia y anarquía, y no contaba con escuadras defensivas. No obstante, existía un considerable comercio nativo de cabotaje en buques de dotación mora.

"Estos barcos, eran fácil presa de los crueles y bien armados piratas ingleses y norteamericanos, que los acechaban desde determinados sitios estratégicos. Una vez cargados, de botín sus buques, bordados y sedas de Oriente, joyas y ornamentos de oro y plata, etc., los piratas regresaban a los puertos de las plantaciones, norteamericanas, donde siempre hallaban bien dispuestos compradores, que no inquirían la procedencia de los géneros.”

—¿Te das cuenta, jefe Redgrave, que si nosotros allá en tierra de norteamericanos “trabajamos” el itinerario, podremos enriquecernos fabulosamente?

Y al hablar, Edmond Grouin agitaba las manos codiciosamente.

—En efecto, viejo Grouin. Mercaremos dos barcos de buen tonelaje, y haremos el “itinerario”, pero como armadores. Otros trabajarán por nosotros.

—En mi vejez seré un honesto armador. Sigue leyendo, jefe Redgrave, que mucho aprendemos, para futuras acciones.

“En 1698 el secretario de Estado del Reino de la Gran Bretaña, recibió información bajo juramento de que “Thomas Too, William Mage, John Ireland, Thomas Wake, y otros, todos conocidos piratas, quienes habían hecho varios viajes, piráticos y retornado de ellos con muchas riquezas, vivían sin recato alguno en Nueva Inglaterra. Ni tenían por qué sentir

vergüenza tampoco, pues todo buen pirata estaba conforme con la declaración prestada en Old Bailey por Darby Mullins, de la tripulación que.zarpó con el capitán Kid para apresar a Too, Mage e Ireland. Esta declaración expresaba la opinión, general entre piratas, de que no era pecado el que un cristiano le robase a los paganos.

”En Boston y en Nueva York hay siempre voluntarios dispuestos a embarcar. En las Antillas hay numerosos puertos donde hacer propicias escalas para aprovisionarse. Y una vez doblado el cabo de Buena Esperanza, la gran isla de Madagascar prestaba amparo a cualquier rufián que en ella se refugiase.

”En llegando a los mares de Oriente el único peligro era topar con buques de guerra holandeses, pues los piratas apresados por los buques, de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, y llevados a las factorías de dicha Compañía, quedaban prácticamente impunes, porque la Compañía no tenía derechos sino sobre sus propios servidores, ni contaba tampoco con potestad delegada por el Almirantazgo para juzgar en crímenes de piratería.

”Lo mismo ocurría en Nueva Inglaterra donde no había tribunal local del Almirantazgo y el costó en tiempo, dinero y molestias de repatriar a Inglaterra a los prisioneros significaba, en la práctica, que no se hacía justicia en ningún culpable.

”De los muchos piratas que trabajan el "itinerario”, el más famoso ha sido Avery.

”E1 capitán John Avery, alias Henry Every y Bridman, fue, en varios modos, el más popular de los piratas ingleses, y como todos los personajes populares, era conocido además por un apodo, el de Benjamín el Largo.

"Algunos admiradores describen a este héroe, como “dechado y flor de arriesgados marinos”; otros le nombran “archipirata”.

”Avery nació cerca de Plymouth, alrededor del año 1665, y fue criado para el mar. Tras de servir en varios viajes a bordo de un buque mercante, se le nombró primer oficial de un corsario armado, el “Duke”, mandado por el capitán Gibson.

”El Gobierno español había alquilado el buque para utilizarlo en las Antillas contra Francia, y por ello partió de Bristol a Cádiz. Muchos días estuvo anclado el “Duke” en la bahía de Cádiz esperando órdenes, y los ociosos marineros no tenían en qué ocuparse.
”Avery empezó a hablar a las gentes, y al encontrar a muchos dispuestos, se amotinó. El capitán y otros hombres que rehusaron adherirse fueran puestos en un bote, mientras que el “Duke”, lealmente rebautizado con el nombre de “Carlos II”, zarpó, llevando a Avery por capitán.
”La primera proeza que realizaron fue al visitar la isla de Mayo, donde se apoderaron del gobernador portugués, teniéndole de rehén hasta que trajesen provisiones a bordo.
”Después navegaron rumbo a la Guinea, y en el camino capturaron y piratearon tres barcos ingleses. Una vez que se apoderaron de algún oro y negros en la costa de Guinea, dieron la vuelta por el cabo de Buena Esperanza hasta Madagascar.
”Do allí navegaron hacia el Mar Rojo a fin de esperar la flota que venía de Mocha y que estaba próxima a llegar.
”AI fin llegó la ansiada flota, y el capitán Avery, eligiendo la mayor de las embarcaciones, la batió durante dos horas, hasta hacerla arriar banderas.
”Era esta embarcación nada menos que la “Gunsway”, propiedad personal del Grau Mogol; además se apoderaron de unas mil piezas de a ocho y otros tantos chequins; asimismo de varios altos oficiales de la corte del Mogol que se dirigían en peregrinación a La Meca.
"Alrededor de este episodio se tejió una leyenda popular en que se decía que Avery había capturado a la hermosa hija del Mogol, habiéndola llevado consigo a Madagascar, donde se casó con ella y vivían soberanamente. Pero se comprobó que era falso.
”E1 resultado de esta afortunada expedición en la que los piratas de Avery capturaron presas de incalculable valor, fue que inopinadamente, el Gran Mogol, enfurecido por el ultraje, amenazó vengarse de la East India Company asolando sus propiedades.

”La urgente demanda de auxilio al Gobierno inglés por la Compañía, envió a la horca a una gran cantidad de piratas, aunque Avery tuvo un destino menos sensacional.

”Se supo después que llegó a Boston en 1696, donde al parecer, sobornó al gobernador para que éste le permitiese a él y a su tripulación desembarcar con sus despojos sin ser molestados.

”A los pocos días abandonó Boston rumbo al norte de Irlanda, donde vendió su balandra. La tripulación se deshizo y cada hombre tomó por donde pudo con su parte de botín al hombro.

”Avery quiso vender sus diamantes en Dublín, habiendo fracasado en su empeño. Pensando que acaso Inglaterra ofrecería mejores ventajas para una transacción de esta índole, marchó a Bideford, en Devon. Aquí vivió tranquilamente, bajo un nombre supuesto, y a través de unos amigos consiguió ponerse en comunicación con varios comerciantes de Bristol.

”Estos vinieron a verle, aceptaron sus diamantes y unas pocas vasijas de oro, le dieron un puñado de guineas como anticipo y retornaron a Bristol con los productos, prometiendo que desde allí le mandarían el resto del dinero.

”E1 tiempo transcurría lentamente sin que tuvieran noticias del dinero ni de los comerciantes de Bristol. Esto hizo pensar a Avery que todos ellos no eran otra cosa que piratas, lo mismo de tierra que de mar.

”Sus frecuentes cartas a los comerciantes le trajeron a lo más unos cuantos chelines, que eran absorbidos inmediatamente en cubrir las necesidades elementales de su vida.

“Finalmente, cuando la situación llegó al colmo de la desesperación, Avery cayó enfermo y murió sin dejar siquiera lo suficiente para costearle un ataúd.

“Así se ha extinguido la vida de Avery, el “gran pirata”, cuyo nombre era tan conocido en toda Europa y América, y de quien el rumor propalaba que se encontraba gobernando como un verdadero rey en Madagascar, cuando lo cierto es que se bailaba escondido y muriéndose de hambre en una humilde casucha de Devon.”

—¿Tú crees, viejo Grouin, que Long Ben ha muerto?

—¿He muerto acaso yo? Pues hay, escritos folletos que hablan de mi vida y muerte.

—Hora es ya, viejo Grouin. Que vayan saliendo las lanchas rumbo a Tierrahosca.

* * *

Ramiro Díaz era un mortal común, y como tal se comportó. Su vanidad complacida dio por seguro que la hermosa indígena, había venido alucinada por su atractivo personal.

No sabía que, su propio asistente, azuzado por los soldados, había ingeniado un medio de ablandar el propósito del capitán de terminar con los idilios.

Las propias indígenas habían elegido a Elisa, para que, enamorando al capitán, éste se sintiera propenso a ser indulgente.

Y la boca húmeda de Ramiro Díaz atestiguaba que estaba enamorado de la indígena.

Fue la propia Elisa la que al filo de la medianoche, insinuó que debido a los relevos, quizás ella tendría que regresar a su isla, y el capitán a su menester.

—¿Qué isla es la tuya?

—La Morena-y señaló ella lejanamente.

—¿Cuántas millas?

—Cinco, amor mío.

—Mañana, a las diez, te espero-dijo anhelante el capitán.

—¿Por qué no me quieres en tu tienda?

—Ya sabes que está prohibida la presencia de mujeres en el destacamento.

Cuando ella se hubo lanzado al agua, alejándose en vigorosas y fáciles brazadas, Ramiro Díaz sonrió ufano.

Bella era la conquista…

—¡Rayos! —vociferó—. ¿Qué sucede? ¿Qué mala avispa ha picado a esos bellacos?

Un repentino rumor de aceros entrechocando, subió de diapasón, hasta que los gritos peculiares de hombres combatiendo, demostraron que el ataque por sorpresa de los bucaneros de Ted Redgrave estaban diezmando el efectivo del destacamento.

Tres bucaneros por cada español. La lucha era encarnizada, y el propio Ted Redgrave, espada en mano, se enfrentó con Ramiro

Díaz.

Un duelo largo y salvaje, donde mutuamente se iban acorralando, llenándose de improperios...

Alrededor de los dos jefes, luchaban los supervivientes españoles cuerpo a cuerpo con enemigos superiores en número...

A las cinco de la mañana no quedaba un solo español con vida. Los heridos eran rematados.

Las llamas lamían ya las fachadas de los caserones del destacamento, cuando Edmond Grouin, vino a comunicar las nuevas:

—Treinta y siete heridos, y ciento cuarenta y dos muertos, jefe Redgrave. Nos ha costado muy caro atacar Tierrahosca.

—Era preciso. Cuando “Mefisto" ataque Maifrén, el Caribe será nuestro. Ahora, retirada.

A medida que los bucaneros iban entrando a sus lanchas, iba agigantándose en el horizonte la estampa de un velero que a todo trapo, ponía proa hacia Tierrahosca...

Capítulo VI

El último bucanero

Estaban aún las lanchas bucaneras a escasa distancia del litoral de Tierrahosca, cuando Edmond Grouip, que con Ted Redgrave ocupaba una lancha de seis que iba en cabeza, y donde ellos dos, como jefes, no remaban, señaló al buque que avanzaba velozmente.

—Español, jefe Redgrave.

—Lleva el pabellón cruzado de la Legión del Mar-manifestó Ted Redgrave, asestando hacia el velero su catalejo.

—Si salimos del círculo de escollos, nos darán caza fácilmente, jefe Redgrave. Nos barrerán a cañonazos.

En la ancha bahía formada cutre los rompientes de los arrecifes y la costa extendíanse la miríada de lanchas de cuatro remeros, los cuales seguían maniobrando, en espera de orden contraria de la única autoridad que acataban.

—¡No podrá entrar-dijo Ted Redgrave —. Volvamos a tierra.

—Entrará-dijo sentenciosamente el viejo Grouin.

—No se atreverá en los arrecifes.

—Se atreverá a eso y a más. Ha llegado el momento en que vas a ser el último bucanero del Caribe, jefe Redgrave.

Hablaba el viejo bucanero con fría inexorabilidad. Miró compasivamente al ex corsario inglés.

—Te lo advertí, jefe Redgrave. Atacar a los españoles era empresa descabellada.

—Hemos arrasado Tierrahosca.

—Pero ¿no sabes aún a quién pertenece este velero?

—A la Legión del Mar.

—Es el “Aquilón”.

Ted Redgrave pareció atacado de repentina ansiedad. Levantóse,

pará vociferar estentóreamente, haciéndose portavoz con las dos manos ahuecadas:

—¡Retirada a tierra! ¡A todo remo!

Las lanchas fueron dando vuelta...

Del costado del “Aquilón” que había sesgado el rumbo de su proa elevóse una columna de humo...

El estampido resonó en el amanecer, a la par que varias lanchas saltaban por los aires, alcanzadas de lleno por los certeros y varios cañonazos.

Repitió el “Aquilón” la andanada mientras, sorteando hábilmente los escollos, penetraba en la artificial bahía...

Ted Redgrave desembarcó, y con furia reconcentrada contempló airado como sus bucaneros, amenguados por las dos andanadas del “Aquilón”, remaban con febril desesperación.

Varias lanchas desatracaban del costado del velero en marcha, saltando sobre las olas formadas por el propio avance del velero, que poco después se inmovilizaba.

Los artilleros del “Aquilón” no desperdiciaban un solo cañonazo. Una tras otra las lanchas bucaneras eran, deshechas en astillas...

Los restantes que aun no habían tocado tierra lanzáronse al mar, para alcanzar a nado la costa...

Ted Redgrave vióse al frente de una cincuentena de hombres, que era lo que quedaba de sus huestes.

Las lanchas acaudilladas por la capitana de Carlos Lezama iban progresando en su avance hacia la playa.

—¡El conde Ferblanc! —gritaron varios bucaneros.

El viejo Edmond Grouin alzó los dos brazos, al final de uno de los cuales destellaba el ancho cuchillo, su arma inseparable y favorita.

—¡Oídme, bucaneros!

Todos los matarifes miraron al famoso bucanero.

—Justicia debemos administrar en quien mis condujo a la, mortandad y al desastre. No tenemos escape, y vamos a ser ahorcados. Pero que quien no supo oír mis consejos y a esa situación nos ha conducido, reciba la muerte de nuestras manos.

Ted Redgrave quiso defenderse, y asestó un mandoble lateral que el viejo Grouin sorteó con habilidad.

El cuchillo del bucanero hundióse en el cuello del ex corsario.

Los demás cuchillos alzáronse y descendieron como si obedecieran a un rito.

Uno tras otro, los bucaneros fueron asestando su puñalada al acribillado cuerpo del último jefe bucanero.

Habían terminado su macabra labor, cuando hoscos los semblantes y rechinantes los clientes, dieron frente a la tripulación del “Aquilón”, que, sables en mano y corriendo, aproximábase...

Entablóse el breve combate, en el que los bucaneros viéronse arrollados por el furor combativo de los seleccionados y expertos luchadores.

El viejo Edmond Grouin había sido elegido por el Pirata Negro, el cual lo fue apartando del lugar del combate, prodigándole estocadas que obligaban a retroceder al salvaje bandido.

Le desarmó de un tajo, cuando estaba ya Edmond Grouin acorralado de espaldas contra el resto calcinado de un caserón.

Las llamas iban devorando los restos del destacamento.

—Tú eres el viejo Grouin-dijo el Pirata Negro, manteniendo inmóvil al bucanero, aplicándole la punta de la espada en el cuello.

—Lo soy... —dijo orgullosamente el francés—. Y si me ves ante ti, es por imprudencia del último bucanero, nuestro jefe.

—Ted Redgrave ha muerto. Tú eres, pues, el último bucanero.

Los tripulantes del “Aquilón” obedecían la orden recibida: “No hay prisioneros”.

Cuando cesó el combate, el viejo Grouin miró orgullosamente al Pirata Negro.

—Ahorcarme en plaza de Puerto Colombia será para ti un galardón, conde Ferblanc,

—Si quieren contéstame: ¿por qué arrasasteis este destacamento?

—Pretendió el jefe Ted Redgrave, que si él destruía Tierrahosca, cuando llegaran Leblond y su lugarteniente “Ojos de Plata” estarían obligados a destruir Maifrén.

—Atacar para defenderse, se llama a esa táctica.

—Advertí al jefe Redgrave que era empresa descabellada. Destruir la Legión del Mar es ya imposible. Sois como la piedra. Tenéis muchas: cabezas...

—Tanta sensatez es tardía, viejo Grouin. Contéstame, si quieres: ¿cómo es que pudisteis vencer a las fuerzas del capitán Ramiro

Díaz, que eran casi las mejores de la Legión del Mar?

—Se cumplió una de las predicciones del jefe Redgrave. Dijo que una tercera parte de los españoles vigilaba, mientras los otros enamoraban por las vecinas islas. Nos fue fácil irles dando muerte a medida que iban regresando, porque reconozco que valientemente, al ver el incendio y oír los disparos, acudieron uno a uno hasta el último. ¡Y todos han muerto! ¡Quedará en la Historia la hazaña del último bucanero!

Y apenas hubo pronunciado su exclamación henchida de odio, el viejo francés avanzó rápidamente el cuello.

Su garganta quedó atravesada en la espada del Pirata Negro...

Con el pie empujó Lezama para desenvainar el acero de su mortal funda.

Señaló hacia el mar,

—Recoged todas las lanchas que flotan. Id colocando en ella todos los cadáveres de los bucaneros. Tú, Peribáñez, escribe con tu mejor letra un cartel que diga:

> “Osaron atacar al destacamento español de la Legión de Mar. Han perecido hasta el último Ya no quedan bucaneros en el Caribe
>
> Conde Ferblanc”.

Una hora después, una decena de lanchas perdíanse a la deriva, mar adentro. Llevaban en su interior un hacinamiento de cuerpos ensangrentados,

Y clavado en la proa de cada lancha, había un cartel arrollado envuelto en tela de lona embreada.

Desdé el puente de mando del “Aquilón”, Mireya de Ferjus contempló horrorizada el destile macabro.

Alguna de las lanchas chocaba blandamente contra el casco del velero, siguiendo después su ruta sin rumbo.

Cuando no quedaba una sola lancha a la vista, y el “Aquilón” enfilaba proa hacia el mar, Mireya de Ferjus preguntó:

—¿Por qué los vencidos no fueron dejados en la playa, donde el viento les hubiera dado sepultura de arena?

—El Caribe tiene que hablar, Mireya. Nadie sabrá que una quinta parte de la Legión del Mar ha perecido, vencida. Seguirá con

otros hombres, el destacamento de Tierrahosca, y esta lección la aprenderán los nuevos ocupantes de Tierrahosca.

—Es cruel el Caribe, Carlos.

—Es aleccionador. Me llamaron “cascarrabias” porque le advertí al capitán Díaz lo que podría suceder si sus hombres persistían en abandonar el destacamento. Fui excesivamente blando. Debí apalear uno por uno a todos esos galanes que ahora han muerto valiente pero inútilmente. Me llamarán como quieran, pero en lo sucesivo van a saber quién es el conde Ferblanc.

—Parece como si te gustara oírte llamar el “león plateado”, Carlos.

—Mejor prefiero ser llamado así, que recibir el apodo de “carnero canoso”.

Mireya de Ferjus apoyó su hombro contra el de su esposo, y suavemente comentó:

—Me considero fuera de todo reproche, si estimo que siempre tienes razón. Me enamoré del Pirata Negro, he amado intensamente al conde Ferblanc, y no hay amor comparable al que me inspira el “león plateado”.

SEGUNDA PARTE

"TENTETIESO"

Capítulo I

Receta en busca de olvido

La goleta "Atlántida", anclada en el puerto de Tobago, aguardaba el transbordo de los pasajeros que, procedentes de Europa, desearan seguir viaje por las Antillas.

Amaro Pahiño, capitán de la "Atlántida", acogió con muestras de deferencia a los dos viajeros que acababan de subir la pasarela.

Ella era una mujer joven de rubios cabellos con reflejos cobrizos que el sol enrojecía aun más. Tenía anchos ojos de luminosidad azul, de hondura trágica, como si un íntimo dolor lacerante ensombreciera sus pensamientos.

El caballero que la acompañaba, y de cuyo brazo ella se colgaba, era alto, de anchas espaldas y de rojos cabellos.

Llamaba extraordinariamente la atención por dos detalles: pese al calor, conservaba puestas en las manos dos manoplas azules; y su cuello aparecía envarado, dándole un continente de orgullo y soberbia.

Amaro Pahiño estaba intrigado, tratando de averiguar el porqué aquel viajero de distinguidos ropajes llevaba aquel extraño dogal.

Era como un dogal o una esclavina de hierro, lo que rodeaba el cuello del desconocido, y de ambas cosas tenía contextura.

Una pieza dé hierro herméticamente cerrada por una varilla que en la nuca reunía los ojales de hierro, y que abrazando el cuello desde debajo de la barbilla, lo cual obligaba al desconocido a mantener alta la cabeza, ensanchábase en apoyo sobre los hombros.

Recordó de pronto Amaro Pahiño que aquella pieza de armadura la había visto en grabados que representaban a los caballeros que tomaban parte de torneos...

—Buenos días tengan vuesas mercedes-saludó el-gallego.

—Buenos días tengáis, capitán. ¿Hace escala vuestra goleta en

Puerto Colombia?

—Sí, señor.

—Allá nos dirigimos. ¿Cuánto debo pagaros por el mejor de vuestros camarotes para mi hija, y otro contiguo para mí?

—Cincuenta onzas, señor.

—Como esas, capitán. Habrá algunas más en esta bolsa, y vuestras son.

Meditó Pahiño que el continente del desconocido podía aparecer como de tiesa soberbia, pero sería debido a su extraña gola, de hierro, ya que sus palabras eran cordiales.

—Debo, señor, apuntar en mi registro nombres, procedencia y destino, así también como misión. Excusadme, pero es nueva obligación.

—En mis tiempos, el color del oro bastaba para dar pasaje. Nuevos tiempos, nuevas costumbres. Por el instante, hacedme la merced de precedernos acompañándonos al mejor de vuestros camarotes. Mi hija está fatigada del largo viaje, y quiere reposar.

Cuando Gabrielle Lucientes quedó acomodada, salió Diego Lucientes ere compañía de Amaro Pahiño, el cual dirigióse a la mesa, donde el escribano, pluma en ristre, aguardaba.

—Apuntad, señor plumífero-invitó Lucientes —. Me llamo Diego Lucientes, natural de Madrid, en viaje con mi hija Gabrielle. Embarcamos en fragata holandesa que partió de Amberes, y hemos recalado en Tobago, para tomar pasaje en esta goleta con rumbo a Puerto Colombia.

—¿Motivos del viaje, señor? —preguntó Pahiño, excusándose con gesto de las manos—. Nos obliga a estos trámites las severas leyes de la Legión del Mar.

—¿La Legión del Mar? Vaya, hombre... Si es así, me acomodo satisfecho a las inquisidoras fórmulas. El motivo de mi viaje es buscar la receta del olvido.

Tanto el capitán gallego como su escribano pusieron caras de perplejidad. Acudían al Caribe toda clase de gentes: el siglo XVIII era el de los embaucadores y aventureros.

Había quien venía en busca de las legendarias Fuentes de la Eterna Juventud, que brotaban, al parecer, en manantial de la Florida. Otros, más prácticos, pasaban rumbo hacia la Costa Dorada del Potosí.

Pero era la primera vez que oían, hablar de una receta para el olvido.

Diego Lucientes sabía ya mirar lateralmente, describiendo un leve giro con los tacones, ya que su cabeza estaba inmovilizada por el artefacto que aseguraba la consolidación de sus huesos cervicales quebrados por el culatazo de Lyon d'Arcy, que creía obra de Cheij Khan, "El Chacal".

Miró al escribano.

—Vos, plumífero, sois hombre leído y escribido. Os daré la receta para olvidar: un cuarto de onza de filosófica y sonriente resignación a los embates del mar de la existencia; otro cuarto de onza de aventura y lucha y dos cuartos de bálsamo de amistad. Y este es el motivo de mi viaje. El buen humor lo llevo encima, la aventura y la lucha me las darán el Caribe, y el bálsamo de la amistad vengo a encontrarlo en la persona del conde Ferblanc.

—¿El "león plateado"? —dijo Amaro Pahiño, extrañado.

—¿Cómo decís?

—Perdonad... Es que me extrañó lo que dijisteis, ya que es de sobras sabida el hecho de que el conde Ferblanc no tiene amigos ni los busca. Es, como diría mi escribano, un misántropo, que rehúye el trato social.

—¿Qué animal citasteis, capitán?

—Todas las fuerzas de la Legión del Mar, que él acaudilla, le llaman el "león plateado".

—¿A qué se debe la citación del rey de la selva?

—Todos temen las cóleras del conde Ferblanc, que, a raíz del ataque de los bucaneros de Redgrave al destacamento de Tierrahosca, acentuó aún más su misantropía, enfermedad que según mi escribano, significa odio al hombre.

—Erráis, capitán, y errado va vuestro escribano, aunque no le veo los pies. El conde Ferblanc siempre tuvo misantropía, pero no es en el odio a los humanos. Será, en todo caso, asquito. Y me complace saber que no quiere amigos, porque así mejor acogerá a quien, como yo, cuenta con el doble honor de haber sido en otros tiempos su lugarteniente y siempre su único amigo.

Meditó unos instantes Lucientes, y añadió:

—Lo de "león", lo comprendo. Lo de plateado", se me escapa a mi profunda inteligencia.

—Sus negros cabellos ostentan hebras de plata, más resaltantes porque su rostro es joven, señor.

—Ya que conocéis al conde, podéis informarme de si su esposa sigue siendo tan gran señora.

—La señora marquesa disfruta de excelente salud, y acompaña por doquier, a bordo y en tierra, al conde. También...

Se detuvo Amaro Pahiño.

Diego Lucientes, chasqueó el dedo medio y el pulgar de su mano derecha.

—No me tratéis como a damisela, a la cual intrigar con chismes a medias. ¿Qué le sucede a la señora marquesa?

—Dicen que cuando, a inicios de año, partió de Puerto Colombia su hijo hacia francesa tierra, iba el matrimonio a separarse. Pero fue un infundio.

—Que me place. Gracias, capitán. Vuestros, informes me han orientado. Expreso mi deseo que sople fuerte viento de popa, que pronto nos lleve a Puerto Colombia.

* * *

En su despacho, el almirante Diéguez repiqueteaba con los dedos encima de una carpeta conteniendo los últimos informes de sus capitanes de la Legión del Mar.

Coincidían en reconocer la justicia de cuantas órdenes daba el conde Ferblanc, pero entre líneas sabía leer Diéguez el no expresado deseo de que el "león plateado" fuera menos hosco y severo.

Al penetrar el Pirata Negro en el despacho, el almirante Diéguez le acogió tendiéndole la diestra.

—Bienvenido, conde. ¿Vuestra esposa?..

—Os saluda, y se excusa por no haber venido, debido a que tuvo que ir a cumplir con la desagradable misión de llevar consuelo a la viuda del capitán Ramiro Díaz.

—Contingencias humanas. Lamento que tuvierais razón, conde, al suponer que la molicie y les amoríos iban a acarrear infortunio al destacamento de Tierrahosca. Pero habéis exterminado a los bucaneros de Redgrave. Y apruebo el castigo, al igual que el cartel anunciando el exterminio del último bucanero.

—Agradecido a vuestra aprobación, excelencia. Y ahora, según la costumbre, vengo a oír los reproches.

—No hay reproches, sino simplemente deciros que como jefe

nadie os puede impedir ser hosco y duro, mientras sigáis siendo justo. Habéis visitado los varios destacamentos nuevos que habéis organizado, y creo que el Caribe está virtualmente dominado por la Legión del Mar. Os felicito.

—Nos felicitamos, excelencia.

—Pero emito un voto. Desearía que algo o alguien lograran devolveros vuestra jovial dureza anterior, de cuando os conocí. Ahora vuestra dureza es seca y sombría.

—Esperemos que algo o alguien me alegren la existencia.

—¿No os basta la dulce compañía inteligente de vuestra esposa?

—Me falta leer en sus ojos la alegría de madre. Me duele ver sólo amor de esposa.

—Comprendo —dijo lacónicamente Diéguez.

Y era cierto que comprendía la íntima tragedia del Pirata Negro, como padre.

—Habéis perdido vuestra facilidad de sonreír, conde Ferblanc. ¿No basta conmigo para tener lóbrego aspecto?

—Quizá falta haría algún tercero risueño, cuyas chocarrerías toleràsemos ambos. A veces pienso que si no estuviera cumpliendo con sus deberes de padre allá por Europa… hay un hombre que nos podría animar la sonrisa, excelencia.

—¡Llamadle! —dijo el almirante, con ímpetu.

—No está en la esquina, excelencia.

—¿Eso, qué importa? Considero muy importante que vuestro espíritu tenga la influencia benefactora de una amistad antigua. Porque presumo que al hablar de un hombre risueño, aunque chocarrero, hablabais de Diego Lucientes, a quien tengo el honor de conocer a través de charlas con vuestra esposa. Es vuestro único amigo… Su hija es vuestra apadrinada. Como veis estoy enterado de esos, pormenores, gracias a la gentileza de Mireya.

—Es placentero saber que Mireya no le guarda rencor al madrileño por su a intromisiones.

—¿Por qué había de guardarle rencor?

—Si ella es mi esposa, débese a artimaña que inventó Diego Lucientes, espíritu fértil en ellas.

—Vuestra esposa lo es muy a satisfacción suya. ¿Acaso vos echáis de menos vuestra antigua independencia pobre de fiera sin cubil ni sedante?

—Pienso que ahora el Caribe pacificado empieza a estar aburrido. Le falta movimiento.

—Siempre surgirán novedades. Además, no echéis en olvido que el pirata Leblond aparecerá cuando menos se espere, y entre los dos, vos y él, existe un cartel de desafío.

—Muerto Leblond, ¿quién quedará?

—Lo dais ya por muerto a vuestras manos. Ahorcadlo primero, y después, desgraciadamente, comprobaréis que, piratas noveles los hay siempre en embrión.

Dos semanas después de esta conversación, la goleta “Atlántida” anciana en Puerto Colombia...

Capítulo II

Brindando

Mireya de Ferjus apagó dos velas del candelabro puesto sobre la mesa del camarote, porque sus pábilos exhalaban humo...,

—Razón tienes, Carlos, al afirmar que más recoleto es el hogar del "Aquilón”. Aquí no hay visitas engorronas. Voy convirtiéndome poco a poco en pirata. Me va gustando el rumor del mar meciendo mi sueño, y el olor a brea me complace.

El Pirata Negro miró a “Cien Chirlos”, que al otro, lado de la mesa saboreaba con éxtasis su taza de café.

—¿Oíste, viejo? Nuestra dama está sintiendo nostalgias como nosotros de la libre vida sin prejuicios ni convencionalismos de los que antaño tenían pabellón negro.

“Cien Chirlos” sonrió, arrugando el rostro.

—Ya no hay piratas en el Caribe, señor.

—Los habrá, don Marcelo, los habrá —rezongó Lezama—. Que no somos alguacilillos ni guardianes de tierra y mar calmoso.

Mireya, desde el ventanal de proa, señaló hacia la goleta que, iluminada, entraba en puerto.

—La “Atlántida” está dirigiéndose a anclar.

Carlos Lezama comprendió el oculto significado de las palabras de su esposa.

—Día vendrá en que la “Atlántida” nos traiga a Humberto. Mientras, los tres juntos sabremos esperar con tranquila impaciencia.

Fue media hora después, cuando, paseando Mireya y Lezama por el alto puente del “Aquilón”, dijo Lezama de pronto:

—Pellízcame, Mireya.

Ella, sin comentarios, pellizcó dificultosamente en el duro y musculoso antebrazo.

—Pues no sueño-dijo en voz baja Lezama —, No es alucinación. Mira a estribor y dime qué ves.

—Una lancha con dos pasajeros.,. Uno de ellos un hombre, que parece un tentetieso con la cabeza... ¡Diego Lucientes!

—¡Ohééé! —llegó desde el mar una voz saludando al estilo bretón de los pescadores— ¡Ah del "Aquilón"!

Abalanzóse Lezama hacia el pasamanos.

—¡Largad escala! ¡Presto!

Mireya de Ferjus, complacida, miró al Pirata Negro.

—Tu amigo, Carlos, tu único amigo. El hombre cuya amistad te era precisa.

—Tengo ya alguien con quien podré pelear a gusto, sin que siempre me dé la razón-dijo Lezama, disimulando su alborozo.

Poco después, Diego Lucientes vino a besar las dos manos que le tendía Mireya, mientras Gabrielle, algo cohibida, empequeñecíase bajo la presión que en sus hombros ejercían las manos del Pirata Negro.

—Tú eres la muñeca peleona. Maja estás, Gaby. Bienvenida al "Aquilón". Mucho hemos hablado de ti mi esposa y yo. ¿Tus mejillas pueden besarse, o son pétalos de rosa que engañarán semejando carne de mocita fascinante?

Gabrielle no podía, darse cuenta que los dos hombres, el uno mirando a Mireya y el otro contemplándola, esforzábanse por disimular la violenta emoción que resentían al verse tras muchos años de separación.

Pero Mireya de Ferjus vino a enlazar por el talle a la hija de Lucientes.

—Ven conmigo, Gaby. Estarás cansada. Dejemos a los caballeros que cambien impresiones. Seguramente emplearán palabras algo fuertes para nuestros femeninos oídos.

Fueronse ellas dos, y Carlos Lezama, en silencio, ascendió la escalera que conducía al puente de mando.

Tras él, Diego Lucientes sonreía contento.

En la torreta, escenario de tantas sangrientas contiendas, Carlos Lezama cruzóse de brazos.

—¡Hola, estudiante!

—¡Hola, maestro!

—Espléndida noche.

—No la hubo mejor.

—Veo estrellas guiñándome burlonas.

—Son las mismas que me dicen: “¿A qué esperas, pinzernote, para abrazar las costillas de tu único amigo?”.

Fundiéronse loa dos en estrecho abrazo silencioso.

Separóse Lezama y su carcajada brotó espontánea, gutural y breve.



No has envejecido, don Diego...

—¡Albricias, don Diego! Vayamos por partes: ¿qué es un pinzernote?

—No lo sé, pero suena bien, ¿verdad?

—Otra: ¿qué llevas al cuello? Parece collar, pero le falta la cadena.

—Me rompieron el cuello, y un medicastro me lo compuso. Debo llevar este lindo adorno para evitar que m me despeguen de nuevo los huesecitos...

Hablaban los dos en contenida entonación, muy elocuente. Resplandecían en ambos los ojos, en la penumbra de la noche.

—No has envejecido, don Diego... Presumo que, coquetón, todas las noches arrancarás ante el espejo los inicios de canas que quieran blanquear tu roja pelambrera.

—Hago constar que, aunque mal te sepa, tengo diez años menos que tú.

—Pero aparento yo diez menos que tú...

—Eso quisieras.

—¿Una copa de vino?

—Para más tarde. ¿Qué tal te ha parecido nuestra hija?

—Guapa, atractiva, y dará guerra.

—La ha dado y mucha.

—¿Qué te pareció mi hijo?

—Un mequetrefe engreído. Siento decírtelo, Carlos.

—Otra cosa hubieras dicho y te llamaba embustero, Diego.

—Pero tendrá remedio. Ahora es un niñato... Volverá hombre. No pude quedarme junto a él, por una tragedia.

—No debes excusarte. Si allá no te quedaste, y has venido, es porque muy buenas razones tendrás.

—Ella.

—¿Qué fue de su enamorado “El Chacal”?

—Descuartizado en plaza de Greves parisina.

—¡Tate!... Lo siento, porque casi tenía deseos de conocerle, por lo que de él me describiste.

—Era una fiera dormida... Se despertó dando muerte a tres hombres buenos, y pretendió desnucarme. Le perdono... porque padecía mal de amores, que ciega y nubla el entendimiento.

Fue contando Lucientes lo sucedido. Al terminar su relato, dijo Lezama:

—Atestiguaron Lyon d’Arcy, mi hija y el maestro de música. ¿Presenciaron, pues, los tres los hechos?

—No. Sólo Lyon d’Arcy.

—¿Qué tal pelaje se gastaba el Lyon d'Arcy?

—No me era agradable, pero era inteligente... Y, además, ¿a qué dudar de su espontánea declaración?

—Bien. ¿Y tu hija ha llorado ya lo que le pertenece?

—Eso es lo malo. Se abisma en trágica indiferencia.

Te la despertaré. Fuera clavicordios y melancólicas contemplaciones de los claros de luna. La amazona debe renacer.

—Tú lo lograrás. ¿Qué otra orden?

—Búscale mozo arrogante, para que disipe en ella la imagen del árabe fiero.

—Era su primer amor.

—Todos tuvimos nuestro primer amor... Y es triste reconocer que todo pasa, todo cansa, y sólo queda en pie la verdad de una amistad honda y sentida.

—Por tanto, ella olvidará. A eso la he traído.

—Tú que tantos amores tuviste...

—...le dijo la sartén al cazo: “Apártate, que estás de tizne”. Nunca fuiste cartujo, Carlos. Si mal no recuerdo, logré sumar una treintena de grandes amores en tu vida de marinero.

—Multiplica por dos, y sacaremos los tuyos. Pero no me extravíes, ¡maldita sea! Digo que como experto sabrás admitir que no hay pena de amor que no vuele al conjuro de un nuevo amor. Alcahuetemos un poco. Hay por estas cercanías bastantes arrogantes oficiales. Y tú sabes que el bizarro uniforme despepita a las doncellas.

Y tu hija no va a ser excepción..., sobre todo teniendo en cuenta los puntos que gastaba el padre... y que supongo seguirá gastando.

—¿Qué tal está de mujerío la costa? —rió Lucientes.

—Soy hombre casado que no se fija en estas minucias. Además, a tu hija le busco yo novio, pero a ti que te parta un rayo, si esperas que yo elogie tus nauseabundos, infectos y pútridos encantos a la legión de hermosas solteras que pululan por la costa.

—Quisiera una copa, Carlos. Me ha dado sed el verte.

—Y a mí también. ¡Don Marcelo! ¡Un tentetieso a la vista!

Vino corriendo el lugarteniente.

Diego Lucientes abrió los dos brazos...

—¡Hola, don Marcelo! Me place sobremanera volverte a ver.

El corcusido pirata apreciaba al pelirrojo, aunque lo calificara de “alocado borrachín”.

—¡Qué animal! —elogió Lucientes, al separarse del viejo lugarteniente—. Tiene carnes de toro macizo.

—Fuerte es como un tronco que muchas tormentas ha resistido en pie, Tenemos que brindar los tres, don Marcelo. Como antes, ¿recuerdas, guapetón? ¡Y aquí, frente al mar, y en nuestro trono pirata! Aporta del mejor vino, un barrilito, y tres copas.

Alejóse el lugarteniente.

Diego Lucientes comentó, risueño:

—La pillaremos decente, ¿no?

—¿A quién?

—¡La cambalada, la cogorza, la jumera, la bambochada, la manta, la melopea, la merluza, la moña, la papalina, la pítima, la turca, la beodez que el vulgo llama borrachera.

Chasqueó la lengua el Pirata Negro.

—Cuando tantas palabras se te ocurren, es que muy adentro llevas esta ciencia de embriaguez.

—Preciso es a veces buscar olvido en la regocijante alegría de un sorbo multiplicado por mil del rico mosto. Pese a toda nuestra mejor voluntad, hemos fracasado, Carlos.

—¿Porque mi hijo salió violinista y a tu niña le murió su primer amor? Años tenemos por delante para verlos cabales a los dos.

"Cien Chirlos" depositó en la barandilla el barrilito, del que escanció en las copas, sosteniéndolas con una mano.

—Brindis por la alegría de don Diego Lucientes-ofreció el Pirata Negro, alzando la copa.

—Brindis por el bálsamo de la amistad —dijo Lucientes.

Miró Lezama a su lugarteniente.

—Y tú, guapetón, ¿qué rebuznas?

—¡Brindo por los dos únicos hombres a los que les tengo afecto y cariño! —grito "Cien Chirlos" de un tirón, ocultando el rostro al echarlo hacia atrás para beber la copa.

La diestra de Lucientes posóse en el hombro del viejo pirata, tras vaciar su copa.

—Gracias, don Marcelo. Recíproco es el sentimiento triple. Y entre nosotros, ahora que sólo tengo una copa a en el cuerpo, ¿no os aburre tanto servir la Ley?

Carlos Lezama dio un codazo al madrileño.

—¡Ojito, estudiante! No me descarríes a don Marcelo..., porque él y yo estamos rabiosos, deseando surcar de nuevo los mares enarbolando pabellón pirata, ya que, a fin de cuentas, hemos limpiado de sabandijas inmundas el Caribe. He dejado vivos a los que se me parecían y a los que se te hermanaban. I

—Tendremos que pensar en variar un poco la monotonía de la existencia...

Media hora después, medio vaciado el barrilito, dijo Lezama:

—Vamos a visitar a Juan Diéguez, el almirante lóbrego.

—¡Repámpanos!... —dijo, algo asustado, Lucientes—. Recuerda,

Carlos que yo tengo algunas cuentecillas pendientes con España, desde que quisieron ver si me colgaban en plaza sevillana.

—El indulto que a mí me convirtió en conde Ferblanc...

—...león plateado y cascarrabias.

—...a ti también te afectaba, tentetieso.

—Entonces, vayamos a tomar el copazo con el almirantito.

—Te prevengo que ha sabido ser mi jefe. Y es un hombre cordial, justiciero y digno de respeto.

—Oído al parche-y repicóse Lucientes en el pecho —. Máximo respeto para el almirante lóbrego.



Juan Diéguez Rodríguez levantóse cuando entraron en su salón los dos amigos.

Cuadróse Lezama, y le imitó Lucientes.

—Os pido venia, excelencia, para presentaros a don Diego Lucientes, caballero, cuando quiere serlo, inmejorable.

—Bienvenido, señor Lucientes. Nunca como ahora es sincera la frase de que quien presenta, responde del presentado. He oído hablar de vos en términos muy elogiosos.

—Favor que me hicieron, excelencia —replicó respetuosamente el madrileño.

Señaló Diéguez dos sillones ante él.

—A la pata la llana, señores. ¿Habéis venido a visita de cumplido, o a traerme a un amigo, conde Ferblanc?

—Es que si le soltamos rienda, mi amigo se encabrita con una facilidad portentosa.

—Cualidad de bravo caballo-sonrió Diéguez —. Decidme, señor Lucientes: ¿qué opináis de la Legión del Mar?

—Por lo que he oído, ha infundido el más sano de los terrores. Y esto ha sido posible porque no había por el Caribe un hidalgo llamado Lezama y apodado el Pirata Negro que se merendara a la Legión en un quítame allá esas pajas.

—Esta fue mi opinión, y por eso supliqué a vuestro amigo que ostentara el mando de la Legión.

A la media hora de charla, Juan Diéguez juntó en característico gesto reflexivo las yemas de sus diez dedos, apoyando los codos en los brazos del sillón.

—¿Habéis pensado, señor Lucientes, que para vos habría un

cargo muy honroso al servicio de España?

—Pensad, señor almirante, que el cargo más honroso lo convertirla yo en cuchufleta.

—No tal, si os lo propusierais. Hay una magna empresa, señores. La Costa Dorada. El litoral sudamericano, desde el Cabo de las Tormentas hasta la ribera alta del Magdalena. Masas de aventureros ávidos del oro de los Potosís cometen tropelías... Una flota... Vos, conde Ferblanc, y vuestro amigo, al mando de otro barco... Id pensando en ello.

El Pirata Negro sonrió.

—¿Una segunda Legión del Mar?

—La misma, aumentada, en otras latitudes. Dejando aquí los destacamentos, que, tal como están, aseguran ya paz en el Caribe.

—Queda aún el pirata Leblond.

—Cuando lo hayáis pisoteado, entonces hablaremos, de la Costa Dorada. Os interesará. Hay allá mucho pirata de mar y tierra, que, desgraciadamente, nada tienen de hidalgos. Recordad, pues, la Costa Dorada. Y ahora, como colofón, decidme, señor Lucientes: ¿nos honraréis largo tiempo con vuestra presencia?

—He venido a vivir aquí..., donde esté el hidalgo Lezama, porque me rejuvenezco evocando tiempos en que... vos no nos hubierais recibido en vuestro salón.

—Tal maestro, tal discípulo.

Y el almirante Diéguez rió.

Fuera, Diego Lucientes hizo un comentario:

—Ese almirante merecerla ser pirata de los tuyos, Carlos.

—Eso le dije una vez, y lo admitió.

—Es un tipo inteligente. Y me gusta, No pelearé con él, si no se me pone tonto.

El resto del barrilito lo vació casi a solas Lucientes., que de vez en cuando, mirando al Pirata Negro, decía:

—Brindar y privar, mejora la raza humana.

Capítulo III

Renace les amazona y aparece el caballero del Tafetán Rojo

—¡Más erguido el torso! ¡Bajas las manos! ¡Mil diablos! ¿Y tú sacas orgullo de llamarte amazona? Pero si eres una entorpecida muñeca a lomos de un caballo de madera...

El Pirata Negro, sosteniendo las riendas de su caballo, galopaba junto a Gabrielle Lucientes.

Hacía ya dos semanas consecutivas en que Carlos Lezama, todas las madrugadas, salía a cabalgar con la amazona.



...y empuñó la guarda de su espada, adoptando la postura esgrimista.

Había pretextado que en Puerto Colombia la falta de ejercicio enmohecía a las mujeres. Y, bruscamente, había ordenado que la

amazona se considerara otro componente más de la Legión del Mar.

Las galopadas iban devolviendo los colores al rostro de la hija de Lucientes.

Las afectuosas brusquedades de su padrino lograban hacerla sonreír. Pero hasta entonces ella no había dicho nada respecto a su íntimo dolor…

Detuvo el Pirata Negro su caballo cuando coronaron la cima desde la que veíase la ribera de Puerto Colombia y la ciudad desparramada por el puerto.

—¿Estuve hoy mejor, padrino?

—Poco a poco progresas.

—No seas gruñón. Yo no soy un marinero.

—Donde manda patrón, se calla la plebe. Apéate, mocita, que ahora toca relucir la espada.

Ató ella el caballo, y, vestida con sus ropajes masculinos, quitóse la casaca, para, en mangas de camisa, remangársela por los brazos.

Frotóse las dos manos con hierbas, y empuñó la guarda de su espada, adoptando la postura esgrimista.

Carlos Lezama, íntimamente complacido, ostentó un severo semblante de juez.

—Menos separados los tacones, amazona. ¿O es que crees que vamos tú y yo a bailar un minué? Tu brazo izquierdo de contrapeso. Y ayer te dije que a la finta de estoque debes contrarreplicar con parada triple, de latigueo, o de lo contrario te encontrarás embrochada como un novatilla… Alza el puño… ¡Para en tercia! ¡Dobla en cuarta! ¡Hiende la rodilla, tontuela, o te pincho!…

La lección duró un cuarto de hora. Agotada, dejóse caer en la hierba Gabrielle.

—Eres… eres insensible, padrino… Yo soy una mujer.

—Bueno, ¿y qué?

—Que me dejas exhausta… ¡Repámpanos! Luego, por la noche, duermo como un tronco.

—Los troncos no duermen, bellaca. Sólo las marmotas.

“Y de esto se trata, de que duermas”, pensó Lezama, sin decirlo en, voz alta…

Levantóse ella y vino a esconder el rostro contra el hombro de su padrino.

—Gracias, mil gracias, por tu generosidad.

—¿Mi generosidad?

—Sí, por tu brusca generosidad. Me da ánimos oírte decirme lindezas como “bellaca” y otras por el estilo.

—¿Qué tiene que ver eso?

—No me hablas del pasado.

—Te conocí un puñadito de carne berreante; después, de niña montaraz. Y de entonces para acá nos separamos. El pasado no existe ya. Estás conmigo, y tu padre es mi amigo, el amigo que necesitaba. Además, contigo estoy a gusto... Bueno, sin enternecimientos, ¡mal rayo me parta!

Secóse Gabrielle las incipientes lágrimas con el reverso de su manga.

Es que... es que nunca me has hablado de “El Chacal”.

—Murió. Y que enterrado quede en tu alma.

—Contigo puedo hablar, padrino,

—Con tu padre, que para eso lo es.

—Ya lo hice. Y él me dijo: “Doña, de ahora en adelante que se te incruste en el serrín que tienes dos padres: yo y el hidalgo Lezama”. Por eso... lo que ayer le dije, ahora tengo que decírtelo, porque quiero, ¡ea!

—¡Ea, vamos a ello! —y el Pirata Negro abrazó por los hombros a la que, con su infantil exclamación, le recordaba los tiempos en que jugaba con su hijo Carlos.

—Yo amé a Cheij Khan como nunca a nadie amaré.

—A los dieciocho años se ama por una eternidad, y luego se comprueba qua esa eternidad dura dos años a lo más.

—Eso me dijo padre.

—Porque, como yo, vivió. ¿O es que te crees, doña, que siempre he sido yo un viejo carcamal?

—Coqueto-dijo ella, sonriendo.

—Esta palabreja es de tu maldito creador.

—Presumes de viejo, y eres más atractivo que todos los jóvenes que por allí andan.

—A lo tuyo, Gaby, que de lo mío me cuido yo.

—Pues, como decía, a nadie podré amar como quise a Cheij Khan. Tanto, que le he perdonado los crímenes que cometió y que en el cadalso purgó. Sé que queréis casarme.

—¡Tate!... ¿Es delito el que una mocita se case?

—No lo es. Pero si me elegís marido, no le podré amar. A lo sumo, le tendré afecto…

—Mucha lengua larga tienes tú… ¿De cuándo acá don Diego y yo somos tunantuelos casamenteros?

—Yo sé que tú aseguras, al igual que padre, que, yo casada, olvidaré más pronto al que nunca olvidaré.

—Un corazón tiene varias capas, Gaby. La primera, es la del primer amor. Sobre ella van superponiéndose otras… Así se formó la Tierra, y así se forman los corazones.

—Cuando tú lo dices, así será, padrino.

—Es.

—¿Deberé decirle al hombre que me elijáis que mi corazón tiene en su primera capa, que nunca perecerá, grabado el nombro de un hombro que murió en cadalso?

—Por partes, Gaby. El que haya de ser tu marido, lo elegirás tú. Si pasan años y persistes en ser solterona amazona, entonces quizá me meta yo a buscarte compañero que al altar te lleve. Segundo: torpe habrá de ser tu elegido si no sabe comprender que toda mujer tiene un primer amor, lo cual no le impide convertirse en perfecta esposa cumplidora.

—Mi padre dice quo el corazón de las mujeres es como las ostras comestibles.

—Tu padre es un chabacano. Pero veamos qué dice.

—Dice que en les hostales hay hombres encargados de abrir las ostras para que otros las coman, y que eso sucede en el femenino corazón. Uno lo despierta, otro… Bueno; pues eso dice mi padre.

—Y tiene razón, aunque podría haber buscado un símil más poético escarbándose los sesos, que buenos los tiene.

—Y por eso dispuesta estoy ti haceros caso a los dos. He visto a los oficiales. Son simpáticos, son caballeros y son viriles… Pero no me inspiran… lo que me inspiraba Cheij Khan.

—No hay sólo oficiales en Puerto Colombia.

—Anteayer vi a un caballero. Era alto, moreno, hombre ya de unos treinta años. Su mirada era segura, impersonal…

—¿Qué es eso de impersonal?

—Miraba sin soberbia, pero también con indiferencia. Me miró… y me sentí de pronto mal peinada.

—¡Tate!… —rió el Pirata Negro— Has definido el primer

flechazo. Si tu tocado te preocupó, buen síntoma. ¿Y quién es ese afortunado galán?

—No lo sé.

—Pero ¿qué es? ¿Hombre de tierra o de mar?

—Me pareció caballero adinerado, por como vestía.

—Pudo robar lo que llevaba.

—Hay maneras de vestir, que un ladrón no puede imitar. El caballero nace.

—Eso es un cuento de la perdigueta. He visto yo aventureros que parecían grandes señores, y viceversa.

—Este tenía natural distinción.

—¿Qué pelaje tiene?

—¿Pelaje?

—A instantes pareces tonta. ¿Qué educación te ha dado tu padre, que no entiendes el puro español? Pelaje significa trazas, color de pelo, ojos, Largo de remos y brazos, modo de trotar....

—Anda indolentemente, sus brazos son fuertes y sus piernas de jinete Ojos y cabello negros. Dientes blanquísimos. Lleva un fino bigote. Por hay algo muy interesante en él

—Haber empezado por allí..., aunque a veces las mujeres definís como interesantes verdaderas estupideces..

—Lleva en la mejilla un trozo de tafetán rojo.

—Buena pista. Daré con él y veré de quién se trata.

—Gracias, padrino.

—Las que tú tienes, linda mocosa.

Capítulo IV

El caballero del Tafetán Rojo

Diego Lucientes escuchó atentamente las explicaciones que le estaba dando el Pirata Negro.

—...o sea, que vamos a salir a la caza y captura de ese galán fascinador del tafetán en la mejilla.

—La marquita es delatora. ¿Para qué llevará ese sujetó un trapo en la mejilla?

—No hables así del que puede ser tu futuro yerno.

—¿Dónde daremos con él?

—He enviado a varios ojeadores, y uno acaba de comunicarme que el caballero del tafetán rojo so llama Társilo del Olmo, y reside en la posada del "Buen Rey Luis”:

¿Társilo y en el Olmo? Hay que ver los crímenes que a veces cometen los padres al bautizar a sus criaturitas. Vayamos a por el Társilo. Pero ¿y qué le vamos a decir?

—Yo hablo y tú escuchas. ¿Estamos?

—Estamos.

—Pues a la posada del “Buen Rey Luis”.

* * *

En la sala de la posada había varios soldados. Todos a una se levantaron, chocando tacones, y, llevándose la mano al chambergo, destocáronse.

Carlos Lezama, en amplio saludo, invitó:

—Sentaderas descansando, amigos... La ronda la pago yo. Aquí no hay monsergas, sino frascos y bebedores.

Comentó en voz baja:

—Pejigueras del oficio, estudiante, por donde asomo, chambergazos, taconazos y zarandajas.

—No se puede ser célebre.

También los soldados hicieron su comentario al subir los dos amigos por la escalera precedidos por un obsequiosísimo posadero.

—Cambiado está el “león plateado”. Es más jovial. Es como antes. Sin tanta furia en la mirada.

—Este caballero pelirrojo, su amigo, debe haberle influido por bien de todos.

El posadero detúvose ante una puerta.

—Esta es, señor conde, la habitación del caballero Társilo del Olmo. ¿Queréis, excelencia, que le llame?

—Regresad a vuestro sitio, compadre. Ya me anunciaré yo mismo.

Repiqueteó Lezama en la puerta. Al cabo de unos instantes abrióse la madera, y un alto individuo, de distinguido porte viril, enmarcóse en el umbral. . ‘

Miró unos instantes a los dos amigos, y saludando en breve reverencia, dijo, a modo de saludo:

—Lo suponía. Sabía que, tarde o temprano, vendríais a visitarme, conde Ferblanc.

El Pirata Negro, extrañado, arqueó las cejas.

—Suponéis mucho, señor. Permitid que os presente a mi amigo, el señor Lucientes, ya que a mí parece que me conocéis.

—¿Quién no os conoce en Puerto Ferblanc? Honradme entrando, y a vuestra disposición estoy.

Más extrañado aún, penetró el Pirata Negro en la habitación, donde el hombre que lucía en la mejilla izquierda un retazo de tafetán rojo, señaló sillas.

—Si queréis descansar...

—Decidme: ¿por qué suponíais que íbamos a venir?

—A vos, como jefe de la Legión del Mar, os incumbe la seguridad de vuestros oficiales, ¿no?

—Naturalmente, señor del Olmo.

—Explicado, pues, queda todo, señor conde.

—No en lo más mínimo. ¿Qué tienen que ver mis oficiales de la Legión, vos y yo?

—Mucho. Me extraño que finjáis ignorarlo...

—Cuidad las palabras, señor del Olmo. No vengo en son de enemistad, pero no gusto que me digan que finjo ignorar lo que

realmente ignoro.

—Pero... ¿es posible?

—Lo es, puesto que así lo afirmo, señor-dijo secamente el Pirata Negro.

Era tal la expresión de asombro del llamado del Olmo, que el propio Pirata Negro sonrió.

—Preferible será, quizá, que mutuamente nos digamos los motivos de nuestra extrañeza. He venido, porque no siendo vos habitual residente en Puerto Colombia, y siendo, al parecer, caballero de posición, deseo saber quién sois y a qué se debe el honor de contaros entre los habitantes de esta ciudad.

—Pero ¿es posible que no sepáis quién soy, ni a qué he venido aquí, ni qué es lo que estoy esperando?

—¡Tate!... ¿Vamos a jugar a las adivinanzas? Tomo asiento, y vos hablaréis.

—Dentro de diez minutos debo dirigirme al campo de honor para batirme en duelo con el teniente Juan Sánchez Peláez.

—¿Un inglés? —inquirió, sonriente, Diego Lucientes.

—Excusad a mi amigo. Se cree gracioso.

—He dicho que dentro de diez minutos me batiré en duelo con el teniente Sánchez, perteneciente a la Legión del Mar.

—Bien, ¿y qué?

—Pero... pensaba yo que veníais a detenerme por retar por tercera vez al teniente Sánchez.

—Él tiene una espada y vos otra, ¿no? Mi amigo y yo, ya que estamos aquí, podemos servir de testigos.

—¿No sabéis los motivos por los que llevo este tafetán?

—No.

—¿Sabéis que por dos veces he obligado a que el teniente Sánchez llevara un brazo en cabestrillo? Le reté primeramente antes que vos mandarais la Legión. Después, en el destacamento de Maifrén, y ahora que está aquí, aquí he venido.

—¿Qué miembro lo pondréis en cabestrillo?

La mirada de Társilo del Olmo destelló.

—Si me hacéis el honor de acompañarme al campo donde me espera el teniente Sánchez, lo sabréis.

—Siempre me han intrigado los asuntos misteriosos. Acepto vuestra invitación. Tengo entendido que el teniente Sánchez es

buen esgrimista y valiente luchador.

—Suda de miedo al verme, señor conde.

—No será tanto.

—Vos mismo os daréis cuenta.

—Si de miedo transpira, ¿por qué acude?

—Le reto públicamente, y sabéis que a tal invitación ningún hombre niega, y menos si es un oficial español.

—Cierto.

El camino lo hicieron en silencio. Poco después desmontaban los tres jinetes en un descampado, donde ya aguardaba el teniente Juan Sánchez Peláez, que se cuadró al ver llegar al Pirata Negro. ,

Miró de soslayo a Társilo del Olmo y una luz de miedo anidó en sus ojos. Otra de esperanza le invadió al decir:

—¿Os oponéis al duelo, señor conde?

—No, que no. Los duelos cosas legales son. Me limitaré a presenciarlo. Al parecer, van tres con ésta.

—Sí-dijo con débil voz el teniente Sánchez.

Y extrañado vio Lezama como el que con justicia era llamado valiente esgrimista, sudaba copiosamente, pese que la sombra no dejaba penetrar los rayos del sol y la tarde no era calurosa.

Társilo del Olmo demostró que jugaba con su adversario, prolongando el momento de asestar la definitiva estocada.

Tanto el Pirata Negro como Lucientes diéronse cuenta que todos los hábiles esfuerzos del teniente Sánchez de nada servían contra el implacable y eficaz acoso de Társilo del Olmo.

Gritó de pronto el teniente, cayendo hacia atrás, brazos abiertos, soltando la espada.

Pero no había sido un golpe mortal, sino una estocada que había atravesado el muslo derecho.

Una herida dolorosa...

Pero lo que siguió fue ya un digno colofón al extraño comportamiento del caballero del tafetán rojo en la mejilla.

Társilo del Olmo extraía de su bolsillo unas tijeritas, y, despegándose el tafetán, cortó una tira que arrojó sobre el desvanecido teniente vencido.

Después volvió parsimoniosamente a colocarse las tijeritas en el bolsillo y a adherirse el trapo rojo a la mejilla, donde ahora formó una tira oblonga.

Inclinóse, y con el pañuelo del vencido formó un amasijo aplicándolo a la herida.

Le quitó el cinto, formando un torniquete experto. Recuperó el teniente los sentidos y abrió los ojos.

Társilo del Olmo, inclinado sobre él, dijo, incisivamente:

—Los cuatro dedos de tu mano derecha quedaron señalados en mi mejilla izquierda, Juan Sánchez. Tres de ellos han quedado borrados. Sólo una marca queda. La borraré cuando le levantes del lecho, donde permanecerás postrado por la herida tercera. Y ya lo sabes, Juan Sánchez. La próxima vez sobre tu cuerpo caerá el último trozo de tafetán. Pero ya no vivirás. Tu asistente podrá llevarte a tu lecho. Hasta pronto, Juan Sánchez.

Volvió la espalda Társilo del Olmo, enfrentándose con el Pirata Negro.

—Lo habéis oído, conde. En leal combate he herido tres veces al señor teniente. En el próximo le mataré. ¿Tenéis algo que decirme o mandarme detener?

—Me habéis intrigado, señor. Al parecer, estáis vengando muy caramente un bofetón, dando tortura moral al señor teniente.

—Peor tortura me infligió él. Fue allá en Puerto España, con ocasión de un baile. Yo estaba levemente ebrio. Invitó a bailar a mi prometida. Me negué... Y él, abusando de que mis piernas temblequeaban por el exceso de bebida, me abofeteó bravucón, retándome a duelo. El vino actuó extrañamente. Caí al suelo sin sentido. Cuando desperté a los sentidos, mi prometida me despreció por cobarde. No podía yo explicar lo sucedido. Esta es la historia. Vengo el bofetón que terminó con mi amor.

—Bien vengado está, ¿no os parece?

—¿Por qué?

—Habéis hecho sudar agonías de muerte a un valiente. Olvidad, y con una cuarta estocada en un brazo o en una pierna, os quitáis el último trozo de tafetán.

—No, señor conde. Este hombre mató mi primer amor. Morirá a mis manos. ¿Me ordenáis algo?

—Tened la bondad de venir a cenar conmigo cuando se os antoje. Tenéis la original manera de vengarse con espíritu tenaz. Me gustará hacerme amigo de quien es valiente y leal duelista.

—Agradecido, señor conde. No faltaré. Buenas tardes. Quedo

vuestro servidor.

Diego Lucientes, por el camino de regreso, después de que el teniente herido fue trasladado a su alojamiento, comentó:

—Original es el mozo, y buena espada.

—¿No oíste? Es también uno que sufre de un amor muerto, Resucitaremos dos corazones si los ponemos frente a frente a él y a tu encanto de niña.

—Voto y apruebo. Ella asistirá a la cena. Y sí hay inicio de fuego, nosotros soplaremos con elegante talento.

—Talento acepto, pero tú de elegante en verborrea, ni hablar. Usas unas comparaciones indebidas, tal como la de las ostras.

—¿Es o no así?

—Es. Pero date cuenta que somos caballeros de buenos modales y mejor parla.

—¿Tú crees? Yo, no.

—Tampoco yo. Mañana por la noche, cena en mi casa. Que tu linda pelirroja se emperifolle.

—No hará falta que se lo indique. Le diré que al caballero del tafetán se le ha encogido el tafetán desde que la vio. O, en otros términos, que acudirá a la cena.

Capítulo V

Cunde un rumor

Entre Mireya ele Ferjus y Gabrielle Lucientes había ido forjándose un entrañable afecto.

Semejaban ambas dos hermanas, aunque la diestra experiencia de la mayor edad de Mireya servía para que con ella Gabrielle sintiérase predispuesta a pequeñas nimiedades confidenciales que no osaba comunicar a su padre o al Pirata Negro.

También un cambio habíase verificado a bordo del "Aquilón" en sus periódicas visitas a los destacamentos de la Legión del Mar en el Caribe.

Ya sólo eran hombres los que a bordo iban. Y la amistad del que todos conocían por el "simpático Tentetieso", había logrado que Mireya consintiera en permanecer en Puerto Colombia acompañando a la amazona.

Hacía dos meses que Társilo del Olmo había conocido a Gabrielle Lucientes y uno en que había dado muerte en dudo al teniente Juan Sánchez.

Visitaba con frecuencia a Mireya de Ferjus, la cual, habiendo inquirido, y sabedora de que Társilo del Olmo era un joven de buena familia y adinerado, había comentado con el Pirata Negro que podría ser el partido ideal...

"¿El partido ideal porque tiene dinero y procede de buena familia? No es la cuna la qué determina el buen esposo, sino la conducta."

Pero, pese al comentario, sabía Mireya que, tanto Lucientes como Lezama, aprobaban las frecuentes visitas de Társilo del Olmo, en las que éste no ocultaba la atracción que experimentaba hacia Gabrielle.

En ocasión de una de esas visitas el joven castellano en cuya

mejilla ya no había tafetán, Gabrielle, a solas con Mireya, preguntó:

—¿Cuándo regresan?

—Supongo que en la próxima semana.

—Quisiera ya que estuvieran aquí,

—También yo.

—Es que… deberé confesarles algo que, primero contigo, consultaré, porque eres mi madrecita. Aunque parezcas mi hermana menor.

Enternecida, atrajo Mireya a la muchacha.

—Eres tan zalamera como tu padre, Gaby. ¿Fue él quien te enseñó su arte de piropear?

—Dice él que nunca murmura piropos, sino que canta verdades.

—Al grano, como dice Carlos;

—No siento amor por Társilo. Por más esfuerzos que haga… no siento amor.

—Ahí no se trata de esfuerzos. Quien ama, lo hace por decisión irrefrenable, sin consejos ni esfuerzos.

—No puedo amar a Társilo.

—Es bueno, es leal, es generoso, es sincero. Es todo un caballero apuesto y agradable.

—Lo se… y por esto más me le reprocho.

—Difícil será que encuentres caballero más cumplido que Társilo. Trata de llamarlo Tarsi, o Silo, por si te parece poco atractivo su nombre.

Rieron ambas.

—Mi padre dice que, cuando se quiere, se encuentra bonito cualquier nombre, y que el amor que sentimos, todo lo embellece. Me contó que cuando era estudiante se enamoró de una muchacha llamada Rigoberta, y llamándola Berta le parecía ridiculizarla, y en cambio, Rigoberta le parecía encantador. Lo cierto es que no puedo querer a Társilo.

—¿Por qué?

—Porque… nunca perecerá en mi corazón la imagen de Cheij Khan. Ya sé que es inhumano que siga amando al hombre que intentó matar a mi propio padre…

—No es inhumano, puesto que por la liberal espiritualidad de don Diego, él mismo reconoce que el “Chacal” tenía excusa. Pero debes darte cuenta que Cheij Khan murió, querida. ¿Vas a rendir

culto eterno a la memoria de un muerto? Eres joven, tienes ante ti toda una vida, eres hermosa...

—De Cheij Khan juré ser la esposa, porque suponía que con el tiempo él sabría demostrarme que su primera indignidad era perdonable. Muerto él, en mi corazón sólo alienta su recuerdo.

—El tiempo es bálsamo.

—Será así, pero yo no cicatrizo. Y con Társilo del Olmo nunca sentiría el amor que supo inspirarme el “Chacal”.

* * *

Carlos Lezama arqueó las cejas mirando al joven capitán Andrés Silvestre.

—Cartas boca arriba, mi capitán. ¿Os sigo pareciendo un cascarrabias injusto?

—Nunca os tildé de injusto, conde Ferblanc. ¡Bien lo saben todos! Cierto que, instantes, me dabais miedo...

—¿Y ahora me lo habéis perdido?

—Ahora os admiro como siempre, porqué sois humanamente jovial y duro a.tiempo.

—Dadle las gracias al señor “Tentetieso”. Él obró el milagro de devolverme la apacibilidad.

Diego Lucientes sonrió ampliamente.

—Eso de “Tentetieso” me está ya sonando en exceso. Dentro de tres meses me quito la gola, y habrá que buscarme otro apodo.

—¿Alguna novedad reciente, capitán Silvestre?

—Ninguna, conde Ferblanc. Nadie se mueve en el Caribe desde —que la Legión del Mar bloquea todas las entradas y salidas.

—Muchas anguilas se deslizarán. No durmamos sobre supuestas carencias de enemigos.

Por la noche, cuando despidiéndose del destacamento de la isla de Maifrén iba Lezama a dirigirse a bordo del “Aquilón”, acercósele el capitán Silvestre.

—Acaba de llegar un emisario, conde Ferblanc.

—¿Qué trae?

—Por fin se ha avistado al pirata Leblond, que esta vez no viene solo con su “Mefisto”.

—Vaya... Eso promete. ¿Con quién se ha aliado?

—Su propio lugarteniente Fenimore Graskell, apodado “Ojos de Plata”, manda otra nave.

—Bueno; dos piezas, pocas son. Caza menor. ¿Dónde rastrean y se cobijan?

—Les vieron pasar a altura, de las Antillas francesas. Rumbo a la española.

—A la vista con ellos. Debo regresar a Puerto Colombia. Mantengan enlace continuo conmigo.

—Hay también un tercer pirata. Pero debe ser un novel, ya que nunca oí hablar de él.

—¿Navega solitario? ¿Qué hazañas ha perpetrado?

—Navega en consuno con “Mefisto” y “Ojos de Plata”.

—¿Alianza?

—Al parecer.

—¿Cuál es su apodo?

—“El Chacal”.

—¿Eh? —sobresaltóse Lezama, pero pensando en que aquel seudónimo podía ser empleado por cualquier lobo sediento, inquirió —: ¿Su nombre?

—Un árabe llamado Cheij Khan.

—¿Estáis cierto que vuestro emisario no está bebido o tiene telarañas en los ojos?

—Asegura haberlo visto desembarcar.

—¿Lo ha descrito?

—Joven, de aspecto pacífico y soñador. Pero le reputan cruelísimo. Lleva a bordo un esqueleto de hombre viviente encerrado en una jaula. Dicen que lo cogió en Francia, y lo lleva siempre consigo, amenazándolo de mil muertes, manteniéndolo vivo, pero semienloquecido de pavor.

—Angelito… —murmuró Lezama—. ¿Qué manda?

—También una sola nave, de tripulación morisca.

—Tate… Esto se anima. Bien, lo dicho. Tenedme al corriente de cuantos movimientos efectúen. Saldré de Puerto Colombia, para ponerme personalmente a la caza de esos tres comeniños.

A bordo del “Aquilón”, y después de verificadas las maniobras de salida, Carlos Lezama tocó en el codo a Lucientes.

—¿Dónde dices que escabecharon al "Chacal”?

—Descuartizado en la plaza de Grevos.

—¿Lo viste tú?

—No.

—También a ti te habían ahorcado en Sevilla y a mí en diferentes plazas.

—¿Y..., que va con ello?

—Atiende, pelirrojo. Tu encanto de niña se va a ir a viajar al interior.

—¿Para qué?

—Porque le conviene.

—¿Dónde estará mejor sino con tu esposa?

—Puede ir al Perú.

—Nada se le ha perdido allí.

—Tale... Aquí en todo el Caribe el único que siempre me ha rechistado eres tú.

—Porque puedo.

—El día menos pensado te abro en canal.

—Ya será menos-sonrió Lucientes.

—Botarate-dijo Lezama, desdeñoso —. He dicho quo tu hija se va a ir lejos de Puerto Colombia y del Caribe, y así se hará.

—Tendrás que hablar primero con el padre de la muchacha, que soy yo, y que muy respetuosamente te indica que no ve la razón por la cual tú mandes a Gaby al quinto infierno.

—Infierno el que se avecina.

—¿Sí? ¿Dónde, que voy corriendo?

—Tu “Chacal”...

—¿Mi “Chacal”? De mío tiene tanto como de tuyo.

—Aseguraste que le apreciabas mucho.

—Antes de convertirse en criminal y verdugo de seres inocentes, a los que aplastó inhumanamente,

—¿Qué harías si lo vieras ante ti?

—Abatirlo a pistoletazos como a un perro rabioso.

—Vete preparando mechas, pólvora y pistolas, porque me huelo que nuestro “Chacal” tiene la piel muy dura.

—Murió.

—Pues ha resucitado, porque acaban de anunciarme que ha sido visto rondando las Antillas francesas.

—¡Imposible!

—Mis emisarios no inventan. Nadie sabe nada del “Chacal”, aparte de tú, yo, Mireya y Gabrielle. ¿Cómo, pues, hay por ahí una nave pirata mandada por un tal Cheij Khan, árabe por más señas y

apodado el “Chacal”?

—Será otro. Esos árabes pueden tener nombres iguales y también los apodos.

—¿Joven, soñador, pacífico en apariencia, cruel por hechos?

—Coincidencia.

—Por si los moscones, tu hija no debe enterarse, o de nuevo estaremos en un laberinto.

—Yo no puedo creer...

—Me importa un comino lo que tú creas o dejes de creer. Estamos hablando de tu hija.

—¿Cómo y con qué pretexto la mando al interior?

—Que a ti te conviene un cambio de aires. Conoce tu espíritu viajero y no le extrañará.

—¡No! ¡Si este “Chacal” es el mío, yo soy quién debe romperle el cuello!

—No, amiguito.

—¿Cómo que no?

—Olvidas que en el Caribe, y en donde me da la gana, mando yo. Este ‘‘Chacal” me pertenece.

—¿Con qué derecho?

—Él te contó que quería matarme porque, según él, yo di muerte alevosa a sus padres. Se va a tragar el embuste, y después, le ahorcaré del palo mayor del “Aquilón”.

—¡Que te crees tú eso! ¡Este mozo me pertenece!

—Mal veo el asunto, don Diego,

—¡Ni don Diego ni don Drago!

—Sin chillarme, que no soy sordo.

—Aplaca tú la voz.

—En mi bordo, chillo cuanto se me antoja.

—¡Maldito cascarrabias!

—¡Imbécil de “Tentetieso”!

—Pues por eso mismo, porque fui imbécil y porque me dio el nuevo apodo, el “Chacal” ha de morir a mis manos,

—Estamos disponiendo de la piel del oso antes de haberle cazado. El “Chacal”, por pirata novel, pertenece a la Legión del Mar.

—Estás tú ya muy pesado con tu legión del charco. Entonces que, ¿aquí sólo tú tienes derecho a matar?

—Todos; que en el Caribe es el único derecho a disposición de todos.

—Pues lo reclamo. Yo debo dar muerte al “Chacal”.

—¿Y tu hija, qué?

—¿Qué con ella?

—Comprende, pinzernote, que tú no puedes dar muerte al hombre que tu hija quiere, y lo primero que harás en llegando a-Puerto Colombia será llevártela lejos, donde nunca oiga hablar del “Chacal”. Después, cuando yo le haya cortado definitivamente el resuello a este angelito, entonces vuelve con ella, y, en último caso, podré decir que el tal “Chacal” no era el suyo, sino otro árabe llamado Cheij Khan. Yo puedo mentirle, pero tú... no. He dicho.

Rascóse Lucientes la punta de la nariz. Después, se la pellizcó, y por fin, elevó los hombros.

—También es molesto que al final resultes siempre que eres el usufructuario de la razón. Haré como dices.

—Tu hija que no sepa nada.

—No lo sabrá.

—Comprende que si el “Chacal” ha venido, es seguramente porque os sabe a los dos aquí.

—¡Repámpanos! ¿Y si ha entrado ya en Puerto Colombia?

—No. Rondaba las francesas Antillas; por lo tanto, si pretende buscar entrada hacia Puerto Colombia, tendrá que dar mucho rodeo, y antes llegaremos nosotros.

—Pero, ¿cómo es posible que sea él?

—Siéndolo. Del dicho al hecho media un gran ciento de millas, y el muchacho debió escaparse a tiempo. Eso es todo.

—Ganas tengo yo de topármelo. ¡Pensar que había momentos en que lo trataba como a un hijo!

—¿No te basta ya con tu niña?

—Era simpático. Se le veía con buen fondo. Aunque la vida lo había maleado.

—Hablas de él en pasado. Está vivo.

—¿De qué vale un chacal ante un león?

—Gracias, zalamero, Pero, ¿no afirmas que tenía la fuerza de un elemental salvaje, y que su espada era única?

—Tú verás que, solos los dos, ha de ser para ti el peor enemigo que en tu larga vida has tenido. Desconfía, Carlos...

—¿Por qué no me sujetas los pañales con un alfiler? ¿Soy acaso un niño inexperto?

—Es que... el “Chacal” es mucho hombre, y ahora estará convertido en fiera inhumana.

—Así me gustan para merendolas.

—Temo por ti, Carlos.

—Imbécil... Me estás ofendiendo con tus temores. ¿Qué es, en fin de cuentas, tu “Chacal”? Un mozo de veintitrés años, y, por encima de todo, un pirata novel.

—No sé quién es Leblond ni quién es Graskell; los apodados “Mefisto” y “Ojos de Plata”, respectivamente, pero te aseguro que ellos dos juntos no le llegan al meñique a Cheij Khan. Le he visto luchar contra medio centenar de escoceses bandidos. Detiene dos caballos sujetándolos por las riendas.

—¿Se va a sentar encima de la cabeza de un león?

—Es domador.

—Yo te domé a ti.

—Manda ahora en nave pirata.

—Más entretenida será la caza. Empezaba ya a aburrirme, con tanta tranquilidad.

—¿Debo insistir más?

—No.

—¿Te has dado, pues, cuenta que ese pirata novel es de mucho peligro?

—Me he dado cuenta de que tu hija debe vivir en paz, y, por lo tanto no doy un maravedí por el pellejo del “Chacal”.

—En paz descanse el “Chacal”.



